

JOSÉ LUÍS PEIXOTO

En tu vientre



LITERATURA RANDOM HOUSE

En tu vientre

JOSÉ LUÍS PEIXOTO

Traducción de
Antonio Sáez Delgado



LITERATURA RANDOM HOUSE

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Claro que es una mentalidad infantil, pero nos enseña a levantar los ojos al cielo, donde sabemos que está Dios nuestro padre, la Madre bendita que Él nos dio y vela por nosotros, los ángeles que Él creó para guiarnos y conducirnos por los caminos de la vida.

HERMANA LÚCIA DE JESUS,
Quinta memoria

Nada puede demostrar que lo real es real, nada sino el sistema de ficción en el que desempeñará el papel de real.

ALAIN BADIOU, *El siglo*

MAYO

1 ¹ Todo empieza con la esperanza.

² Antes que los objetos están los gestos
que les dan forma,

³ antes que los gestos están las ideas,

⁴ antes que las ideas están las emociones,

⁵ antes que las emociones están los
sentidos,

⁶ antes que los sentidos está la existencia
desnuda,

⁷ contemplación ciega, memoria ciega,

⁸ antes que la existencia está la
esperanza.

⁹ Soy yo quien lo dice.

¹⁰ Si hay una propuesta de vida, esa
certeza contiene esperanza.

¹¹ Sin esperanza, solo hay muerte: en el
presente y en el futuro.

¹² Cuando creé la naturaleza, la primera
regla que determiné fue: negar la
esperanza es una acción contra la
naturaleza.

¹³ Todos los seres, principalmente los que
poseen piel, tienen derecho inequívoco
a alguna esperanza.

¹⁴ El uso que hacen de ella es su
individualidad.

¹⁵ Hablo de cuando creé la naturaleza,
como si ese trabajo hubiera acabado.

¹⁶ Las palabras son imperfectas cuando
intentan decir aquello que es más
grande que ellas.

¹⁷ También son imperfectas cuando
intentan decir aquello que parece
ínfimo, dependiendo de la proporción.

¹⁸ En ese caso, las palabras son dedos que
intentan coger una migaja, hacen como
que la pellizcan, pero acaban dejándola
allí, como si fuesen inútiles.

Dios sigue hablando, pero no insiste en que lo escuchemos, prefiere que nos fijemos en una casa con las paredes mal pintadas. Y tal vez esté a punto de amanecer, incluso a través de la neblina se pueden distinguir la cal y sus

escamas. Son las noches, inviernos y veranos, que arrancan las lascas de cal; es el polvo de la calle que se levanta con la brisa, las carretas, los niños inquietos, y se pega a las paredes como se pega en el interior de los pulmones. No se ve a nadie, las personas y los animales no forman parte de esta imagen. La fachada de la casa tiene una franja pintada, paralela al suelo, dos ventanas combadas y, en medio, una puerta de madera vieja, con un postigo a la altura del rostro de sus dueños; es una puerta fatigada, que se deshace por abajo. Hay que subir cuatro escalones de piedra para llegar a esa puerta que nunca está cerrada con llave. La casa tiene un tejado, solo contra el tiempo, una chimenea medio torcida y poco más. Sin embargo, es una casa que los ojos pueden ver de muchas formas. Delante, sin pertenecer a la casa, pero perteneciendo a ella, hay una era, lisa y limpia, lista para trillar, preparada para su uso. Por detrás hay un corral delimitado por un muro de piedras apiladas, una cerca que no sobrepasa la altura de la rodilla, línea que no excluye, todo es tierra que los vecinos aprovechan adecuadamente. Al fondo, tras un terraplén que baja, está el pozo, tapado por una superficie de losas, remiendos sobre tierra herida. Los olivos se inclinan hacia el pozo como jorobados, como la desgracia, los años los han castigado y hasta las ramas nuevas, las pobres, han nacido con nudos retorcidos por artrosis, víctimas. Aun así, son árboles, pertenecen a la naturaleza, reciben noticias de los demás olivos que se extienden por la lejanía de aquellos campos, donde también hay muchas hierbas secas, cardos y piedras.

2 ¹ La creación de la naturaleza es un trabajo de todos los instantes.

² Solo está concluida la perfección,

³ e incluso ella tiene que aceptar la

⁴ con la emanación invisible de un pasado más remoto que el propio comienzo de todo:

⁵ la esperanza.

⁶ Todo empieza con la esperanza. Yo he

imperfección inacabada cuando lidia
con aquello que está incompleto, con
palabras o sombras, con naturaleza,
instinto, gente,

elegido esa palabra: *todo*.

⁷ Soy yo quien la está diciendo.

⁸ Todo termina con la esperanza.

Es tan fresca esta brisa tras un día entero, tan ligero su toque en los colores por fin tenues, innecesaria la urgencia. Esta brisa atraviesa el aire limpio, hace temblar las hojas plateadas de los olivos, enciende puntos brillantes en el granito y acaricia la cara suave de Lúcia. Está agachada ante una sombra de tierra limpia, casi pegada al muro del corral. Hay gallinas acostumbradas a la presencia de la niña, a sus movimientos repetidos. Lúcia juega con unas piedras. Esos gestos repentinos no alteran a las gallinas, que picotean terrones y se quejan las unas de las otras con vocales que se hacen redondas en la garganta.

(Yo también me pasaba las horas con ese juego de las piedrecitas. Buscaba media docena de piedras de buen tamaño, no muy grandes, más o menos lisas. Me gustaba jugar en la calle, a la puerta de la casa de mi madre, de tu abuela. Tendría la misma edad que esa niña, unos nueve o diez años. Juntaba las piedras en la mano y las lanzaba con la fuerza justa para que rodasen un poco; después elegía una, la tiraba al aire y, en ese arco, mirando a ambos lados, cogía una de las piedras repartidas por el suelo y todavía me daba tiempo a sujetar la que caía. Tu tía era una maestra, no faltaban las veces en que, con cinco piedras en la mano, recogía la última. A mí no se me daba tan bien, siempre he tenido las manos pequeñas. Pero da igual, sé que todo esto no te interesa, te gustan otras cosas. Si quisieras saberlo, hace mucho que te

hubieras fijado en mis manos; al final, con ellas te lo he dado todo desde que naciste.)

En este tiempo, esta luz. Solo falta una piedrecita. Lúcia tiene las cejas fruncidas, aprieta los labios, coloca las piedras que tiene en la palma de la mano, los dedos redondeándolas, llena el pecho y lanza una a buena altura. Por un momento escarba la tierra con las uñas para recoger la última piedra. Pero la otra ha caído demasiado deprisa, ha tropezado por el camino. Lúcia no ha podido cogerla. Tiene que empezar de nuevo.

(Dudo que puedas imaginarme con diez años. También he sido joven, ¿sabes? Cuando naciste, en septiembre, yo tenía treinta y dos años, cumplidos en junio. Tal vez puedas sospechar lo que significó para mí tenerte con treinta y dos años, lo creo, sí. Recuerdo cuando estabas en mi barriga, los últimos meses era un barrigón, pero tú no puedes imaginarme con diez años, lo dudo. No soy esa niña que imaginas cuando intentas imaginarme con diez años. Fui una niña que no conocerás nunca.)

Ahora. Lúcia ha tomado una piedra, dos, tres, cuatro, cinco. Solo falta la última. La lanza al aire. ¿Dónde está la piedrecita que falta? Por un instante, desaparece en la tierra. Vuelve a aparecer enseguida, pero es demasiado tarde, la otra ya está muy cerca, con todas sus aristas, cerrando su caída: un golpe seco en la tierra y rebota hacia donde queda olvidada. Con paciencia, gestos lentos, Lúcia deja las piedras que tiene en la mano y, con el índice y el

pulgar, coge la última, la levanta de la tierra, la alza a la altura de los ojos. El rostro de la niña contempla un misterio.

Eres una granuja, piedra. ¿Por qué no me dejas ganar?

Perdona, ha sido sin querer.

¿Prefieres que coja otra piedra y te deje tranquila?

No es eso.

¿Qué estás haciendo, niña?

Cuando la madre se asoma a la puerta del corral y grita eso, no es porque le interese la respuesta. Lúcia se pone de pie, da un salto que asusta a las gallinas y altera la luz. Las piedras se quedan solas en la tierra lisa. Lúcia tiene la impresión de que atraviesa el corral durante las palabras de su madre, dentro de ellas. Todavía las oye.

¿Qué estás haciendo, niña?

Y ya está quieta delante de su madre, el pañuelo alborotado por la carrera, tres mechones de pelo pegados a la frente con polvo, la mirada baja, las manos juntas sobre la falda.

¿Te crees que la vida es solo jugar? ¿Tú te crees que la vida es solo jugar?

Voz áspera, a pesar de agacharse para buscarle los ojos, a pesar de repetir la pregunta, sin querer saber la respuesta. No le interesa, le da la espalda.

Vete a ver si las gallinas han puesto algún huevo.

Todos los momentos existen. Lúcia, diez años, niña que camina por el corral oscuro. Son sus ojos los que iluminan el presagio de cada paso. Lúcia sabe exactamente dónde se acurrucan las gallinas. Las encuentra recogidas en sus

nidos, mete la mano delgada entre la paja y la tibieza de las plumas más suaves. Encuentra el único huevo en la última gallina.

Perdóname.

¿Por qué has tardado tanto?

La madre coge el huevo para escalfarlo en la sopa y no quiere más charla ni pensamientos. Pero ha llegado Carolina. Lúcia se acerca a su hermana y, en silencio, observa su trabajo: tras prender una astilla en la lumbre, lleva el fuego, lo protege con la palma de la mano y lo pone en el pabito del candil. Esa pequeña llama ilumina el rostro de Lúcia. El tiempo se detiene, existe un instante. En los rincones oscuros de la cocina, se siente aún más la ausencia de las hermanas casadas. En algún lugar andará su hermano Manuel, tal vez en el establo, desenredando un nudo, agradecido por la bondad de los animales. Y también Gloria tendrá su sitio, tal vez en la habitación del horno, doblada para barrer, rayando el suelo con el sonido de la escoba. Falta el padre, todos empiezan a sentir su ausencia con las primeras sombras del anochecer.

Lúcia mantiene el rostro girado hacia el candil, pero ve cómo su madre casca el huevo para abrirlo y, dentro, se encuentra otro huevo; casca ese en la misma arista de la cazuela de barro y, dentro, se encuentra otro huevo; y otro huevo, y otro, siempre así, huevos unos dentro de otros, hasta quedar rodeada de cáscaras e, incrédula, coger un huevo todavía intacto.

Con los ojos abiertos, los brazos sobre la ropa de cama, tendidos a lo largo del cuerpo, Lúcia ve pensamientos en las vigas del techo. La presencia de Carolina se nota en el hueco que deforma el colchón de paja. A veces, como si la picasen por dentro, se estremece entre sueños. Vuelve después a su aliento santo, justo. A Lúcia le da pena que su hermana no llegue con más ganas de jugar; aun así, eligen siempre algún juego silencioso después de cenar, a un lado del fuego, o ya en la cama, en un silencio aún más exigente, hasta que la respiración de Carolina se alarga, como una goma de la costura, que se estira hasta muy lejos y vuelve también despacio. Entonces, se quedan la una al lado de la otra, respetando la geometría de la cama. Glória duerme en su propio colchón, arrimada a la pared, se porta muy bien. En otra habitación, Manuel ronca con delicadeza. La lluvia en las tejas es una sombra que se asienta sobre otra sombra, puntos que se posan en toda la superficie del tejado. Hay un mundo fuera que va al encuentro de este mundo, de esta casa. Como una corriente de un río o como una cadena de acero, la voz de la madre atraviesa las paredes. No se distinguen esas palabras encadenadas, pero Lúcia las conoce por la música, está acostumbrada al rosario desde que nació, o todavía antes de nacer. Su madre no suele rezar a esta hora, pero las costumbres están alteradas, necesitan oración. La madre hace la señal de la cruz, arrodillada en un rincón de la habitación, y el padre, que acaba de llegar de la calle, sentado en la cama, se quita las botas, se quita los calcetines y se pasa los dedos de las manos entre los de los pies para sacarse bolitas de

mugre. Lúcia no ha visto nunca esa imagen, pero puede distinguir hasta los más mínimos detalles, el pequeño giro que hace su padre con la punta de la ceja, los párpados de su madre convencidos y opacos. Y, por detrás de cada pensamiento, la lluvia no para, como no para el tiempo. Lúcia sabe que el tiempo no para. Cada gota de lluvia es una palabra de Dios, respuesta a las oraciones permanentes. O tal vez las gotas sean ojos de Dios, multitud atenta, empujada por el viento y por la noche. O, entonces, hay un Dios dentro de cada gota de lluvia, y son todos el mismo, y todos juntos tienen el tamaño de uno solo, se posan en el tejado y se acomodan, se escurren por las paredes, cubren la casa entera o se hunden directamente en la tierra porque tienen prisa por volver al cielo.

No se le pone nada por delante. Atraviesa el patio rabiosa entre los charcos de agua, el barro, las gallinas y esta hora de la mañana. Lleva la piel de la frente arrugada y los ojos apretados por los pómulos. Otros días hacía este mismo camino, esta misma línea diagonal, y cuando todavía se estaba sacudiendo las suelas de los zapatos, antes de entrar en la cocina, ya oía a su hija mayor dando tirones en el telar. Aprovechando la claridad, Teresa cosía delante de la puerta abierta. Las hermanas iban encajando bromas entre el ritmo del telar y, si había susurros repentinos, la madre ya sabía que hablaban de los novios. Maria da un paso en la cocina, pero ni su hija Teresa está en la entrada, inclinada sobre el paño con rayas de tiza que le cubre el regazo, ni su hija Maria dos Anjos tiene el cuerpo rendido a los movimientos del telar, los brazos y la curva de los codos siguiendo las piezas de madera, cuerpo-mecanismo. Apoyada en la mesa de la cocina, asustada y silenciosa, solo está la huérfana que Maria se comprometió a criar. Normalmente, la irritan los ojos exagerados de la chica, pero ahora, en este instante, está trastornada por la ausencia que le han dejado sus hijas. Hace el gesto de mandar a la huérfana a limpiar las conejeras, pero las palabras no llegan a salirle de los labios.

(Por la manera como escribes, das a entender que la limpieza es tarea de poco mérito. ¿Acaso te crees que a los conejos les gusta revolcarse en el estiércol? A lo largo de mi vida, he quitado porquería de conejeras como para hacer una

montaña. Te aseguro que no me ha venido mal, al contrario; y los animales, si tuviesen voz de persona, me lo agradecerían. Pero esos modos tuyos me sorprenden poco. No se me ha olvidado lo que me costaba meterte en la bañera cuando eras pequeño, solo con promesas o amenazas. Aún hoy, pasado todo este tiempo, es un castigo convencerte para que ordenes tu cuarto.)

Golpea la puerta de la despensa, necesita ese trueno en su interior, y se pasa la palma de la mano por el rostro, como si se lo arrancase, arrugando la nariz, las mejillas, las cejas y los ojos. La hija mayor, casada hace menos de un año, vive al otro lado de la calle. Si Maria quisiera verla en este momento, seguro que la encontraba. Teresa está más lejos, se marchó al pueblo del marido, vuelven los domingos, después de misa, para comer y aguantar el sopor de las tardes. Con estas ideas se convence a sí misma de no llorar. Estos días, a cada paso, deja escapar lágrimas que la disgustan. Siente el olor verde de los higos brotando en las ramas y llora, nota una brisa repentina en la nuca y llora, barre la ceniza del fuego apagado y llora. Estas debilidades, le parece, vienen del mismo sitio que los sofocos. Entre todos los problemas, también ese: el vientre donde dio cobijo a siete hijos está acartonándose en su interior. Se hace, poco a poco, una mujer reseca, como esos árboles que mantienen su lugar en el paisaje, pero que dejan de estar atravesados por la savia y que, al empezar el invierno, hacen leña, despidiéndose, humillados, de los campos donde fueron todo. Y del mismo modo que cualquier pensamiento complicado le escalda las mejillas, como delante de un brasero, tampoco consigue defenderse de las emociones que la asaltan. Llevada por esos mareos, llegan recuerdos terribles, prohibidos. Contra esas pesadillas se encoge, cierra los ojos con todas sus fuerzas y hace actos de contrición

pronunciando todas las consonantes pero, bajo esas tinieblas y las palabras trituradas, está el rostro de la niña que nació muerta, sacándola muerta de su interior para dársela, tomarla en brazos, las dos unidas todavía por el cordón, todavía cubierta de sangre, muerta. Y está el rostro de los demás hijos, Maria dos Anjos, Teresa, Manuel, Glória, Carolina, tan pequeña entonces, cuando supieron que la hermana que iba a nacer al final había muerto. Incluso llegaron a verla, echada en un ataúd de pino, el olor a resina mezclado con el olor de la muerte, y rezaron juntos por ella, las voces enredadas las unas en las otras. Maria fue al cementerio. Hizo ese camino apoyada siempre en su marido, no por abatimiento, no por estos llantos que ahora la debilitan, sino por estar aún dolorida, con una toalla de algodón turco entre las piernas. Sin apartar la mirada de la niña, no consintió una lágrima, se mordió los labios, pero quiso que la niña muerta fuese bautizada con su nombre, porque sabía que un trozo suyo había muerto y se enterraba con ella.

El problema del marido, ahora no quiere pensar en el problema del marido. Cierra los ojos y, reteniendo cada palabra, reza un padrenuestro. En cuanto consigue expulsar aquel pensamiento, reza otro padrenuestro, este muy lentamente, solo para recobrar el aliento.

Creyó que no tendría más que esos hijos: cinco vivos y una muerta. De los vivos, cuatro chicas y Manuel. Pero tras aquel invierno, el marido no la soltó. En medio de la noche, muchas veces, despertaba ya con él en plena función. Preñada y vieja, se entregó a avemarías sin fin y a tres rosarios diarios: al despertar, aún legañosa, mientras todos estaban aún durmiendo; después de comer, en la despensa, donde nadie tenía permiso para entrar a aquella hora;

y a punto de dormirse, ya en la cama, derrengada por el dolor de riñones. Así, nació Lúcia, gracias a Dios bendito, piadoso Salvador, nació guapa y enseguida se puso a protestar y a guerrear con la partera. Apoyada en la puerta de la despensa, con la mirada fija en el punto donde se arrodillaba todos los días durante el embarazo, Maria piensa en su hija pequeña y se tranquiliza. A esta hora estará dándole una vuelta a las ovejas, un trabajo de niña que, de momento, le ahorra fatigas. Que aproveche bien ese privilegio, las hermanas Glória y Carolina ya tienen de qué quejarse. Vuelven bajo la penumbra sin un lamento, ay de ellas, traen los calcetines llenos de retama y hojas de carqueja que se agarran al tejido, las caras sucias. Como le había mandado su padre, derretido con la pequeña, Lúcia se lleva las ovejas a casa en cuanto afloja el calor. En esa vuelta, deja a los primos y el rebaño de los primos y sigue solo con sus animales, dirigiéndolos al corral, donde Manuel, en cuanto llegue del campo, les dará todo lo necesario para pasar la noche. Pero eso será después, todavía con mucha tarde por delante, recién llegada, dispuesta a seguir bromeando con sus compañeros de jornada, Lúcia espera a sus primos; falta poco para que lleguen, la más animada es Jacinta, y se abalancen en travesuras con buena o mala intención. Recompuesta, aceptándolo, un largo suspiro, Maria elige un trozo de carne del saladero, le da una vuelta y otra, le sacude la sal y lo corta con un cuchillo con el filo gastado, bien afilado. Entonces, arrebatada por el ímpetu, corta una tira de tocino, se la dará al primer pobre que le tienda la mano. Cuando regresa a la cocina, como si solo existiese aquel momento natural, la huérfana aún está apoyada en la mesa, con el mismo temor suplicante, como si no tuviese aliento, paralizada. Maria se contiene. Coge una hoja de col, la corta por el tallo y envuelve el tocino. Abre el cajón de la mesa y lo guarda, allí esperará al pobre que se lo coma. Los ojos de la huérfana tiritan, se preparan para un bufido que no saben de dónde vendrá. Hay un compás de silencio.

¿Qué estás mirando? ¿No lo has visto nunca? ¿Cuánto hace que no limpias las conejeras? Venga, vete a por el sacho, el cubo y hale, a limpiar. Y ni se te pase por la cabeza volver hasta que no las hayas dejado como es debido. ¿O te crees que esto es solo manducar y buena vida? Aquí solo come quien trabaja, pequeña.

El viento levanta a Lúcia a más de un palmo del suelo. Es insólita la falta de tierra bajo los zapatos relucientes, las plantas de los pies libres de ese peso. El viento arrastra a Lúcia por las calles de la aldea, las paredes de las casas son manchas empañadas, los árboles y las plantas también, los animales también, las personas también. Lúcia distingue algunos sonidos dentro del gran rugido del viento, voces huidizas, las campanas de la iglesia, y comprende que ella misma se ha transformado en viento. Sus piernas son transparentes, su perfil es impreciso.

Solo una más. Venga, solo una más.

Lúcia le gana todas las carreras a Jacinta, pero la pequeña sigue picándose con ella. El cielo está lleno de palomas, deben de ser del hombre que vive solo en la última casa de la aldea, viudo, Lúcia no recuerda su nombre, tiene la voz grave, parece que está siempre ronco. Lúcia se lo imagina comiendo carbón, llenándose la boca de carbón y masticándolo.

Francisco está apoyado en un muro de piedra, tiene los ojos en el interior de una sombra. Al fondo de la calle, una mujer muy vieja, torcida, equilibra una carga de chamizos sobre la cabeza. Pegados a las paredes hay perros que se levantan despacio, dan unos pasos y vuelven a quedarse sin fuerzas.

Francisco parece triste con todo esto, como si su edad, nueve años, le permitiese una tristeza propia.

Solo una más. Venga, solo una más.

Lúcia tiene gotas de sudor en la parte superior de la frente, siguiendo la línea del pelo, recogido hacia atrás con el pañuelo mal colocado. Suelta el brazo y se libra de la pequeña, no la mira, la rodea. La voz de Jacinta, estridente, todavía permanece en el aire después de sí misma, se mezcla con la claridad y con los zapatos que se arrastran por la tierra suelta. Lúcia enfila hacia su casa, decidida. Jacinta la sigue de inmediato, compartiendo esa decisión; Francisco reacciona más tarde, da una orden a cada gesto y, sílaba por sílaba, se aparta del muro, del musgo seco, y camina detrás de las muchachas.

(Todo el mundo tiene derecho a descansar, menos las madres. Para cada tarea, profesión o encargo hay derecho a un receso, menos para las madres. Si una madre demuestra la más mínima fatiga de ser madre, llegará enseguida algún animal, sin tener ni idea de limpiar babas y parir, dispuesto a ponerla en tela de juicio. No es madre, no sabe ser madre, no está hecha para ser madre, dirá. Pero, si todo el mundo tiene derecho a descansar, ¿las madres no? La culpa es nuestra. Sí, la culpa es de las madres. Hemos dejado que sean los hijos quienes nos definan.)

En fila, caminan por la vereda junto a la casa y llegan al corral. Mientras Lúcia da algunos pasos por la cocina y llena un búcaro con agua del cántaro,

su madre suelta un harapo encima de la mesa, endulza la voz y se mete con Jacinta. Le gusta reírse con las respuestas de la pequeña, benditos siete añitos, es espabilada la muchacha. Con los ojos de par en par, Francisco sigue la charla de su tía, asintiendo, sin saber si puede sonreír. Lúcia se bebe el agua despacio, fresca y con salitre, no le ofrece a nadie. Deja el búcaro y elige el camino por el medio de la conversación, atravesando las palabras, orgullosa e indiferente. En el corral, la luz dibuja todos los detalles de las ramas de los olivos y se lanza oblicua sobre la tierra.

Prima, vamos a jugar a las piedrecitas.

Lúcia deja de escuchar la voz de Jacinta, la disuelve en el color que le tiñe el pensamiento.

Lúcia, estate quieta, ¿no ves que madre está triste?

Tras estas palabras susurradas, Lúcia levanta la mirada sentida hacia Glória. Entonces, en silencio, Lúcia le habla a la noche:

No te cuesta, lo sé. Si quieres, elige un momento entre todos los que pasan por las estrellas de ahí fuera, por la superficie del cielo que es solo negra, elige un momento entre todos los que pasan aquí por el fuego, por las brasas que se duermen o mueren, cubiertas por un manto de ceniza blanca, que pasan por los instantes en que no se oyen cubiertos chocando con los platos, por las miradas, elige un momento y te quedas en él, si quieres. Será como si, en medio del camino, decidieses mirar alrededor. No te pido que dejes de llegar a donde tienes que ir, solo que esperes un poco, casi nada, para ti es nada, tienes toda la eternidad, tienes los tiempos de los tiempos, solo te pido que esperes a mi padre. Espera a mi padre, por favor.

Pero la noche, como si no la hubiese oído, sigue lenta y continua. Lúcia piensa que el cuerpo de la noche es demasiado grande. Tal vez la noche quiera parar y no pueda. A Lúcia le da pena la noche.

Cuando la huérfana termina de lavar la loza, coge el barreño con las dos manos, lo levanta y va al corral a verter el agua. Cuando vuelve, Carolina ya la está esperando, le da dos rebanadas de pan con pringue. La huérfana las acepta bajando la mirada, da las buenas noches, es una mancha apagada. La

huérfana sale por la puerta de la calle. Cuando llegue a casa, su padre la estará esperando, con curiosidad por saber qué le lleva de cena. La ausencia de esta figura silenciosa añade más desconsuelo al silencio de la cocina. Tal vez la madre sienta esa gradación porque, apoyada en la pila, mirando a la pared, empieza a llorar. Manuel sigue encerrado en sus cavilaciones. Glória limpia la tapa de la mesa muy lentamente con un paño húmedo, mecánica y distante, sintiendo las vetas de la madera en gestos largos. Desde la imagen de la madre, desde el temblor de su espalda mal iluminada, llegan sollozos sofocados en la garganta. Lúcia busca la comprensión de Carolina, pero su hermana no está, ha dejado el cuerpo atrás, ha dejado un estremecimiento suspendido en su rostro vacío y ha desaparecido. Lúcia comprende que, de repente, se ha quedado sola con su madre llorando.

3 ¹ No hay en este mundo razones que merezcan una lágrima tuya.

³ Acepto la generosidad de tu llanto, la justificación profunda que encuentras para la pena en cada momento,

⁴ pero, con la proporción real de la justicia, te juro con firme convicción que ni siquiera cuando me viste pasar en el Calvario, cargando con todo el mal de la humanidad, hubo motivo para merecer una lágrima tuya.

⁵ El ser maligno es común y está diseminado, pero el candor existe en poca cantidad.

⁶ Fue exactamente en tus lágrimas, madre, donde condensé la pureza más limpia y singular.

⁷ Cada vez que una lágrima tuya se evapora, todas las cosas, conscientes o ignorantes, pierden ese precioso patrimonio.

⁸ Cuando lloras, madre, el mundo entero llora contigo.

La velada es lenta en la angustia de Lúcia. Tras mucho rato, hay un momento en que la madre saca el pañuelo que lleva metido en la manga y se suena.

Como si delimitase una frontera en el tiempo, se limpia bien la nariz. Mantiene la mirada que ha tenido durante toda la noche, el rostro sin fuerza con que dio gracias antes de cenar, sustituyendo a su marido. Lúcia oyó esas palabras sobrepuestas a la voz de su padre, al que escuchaba claramente en la memoria. *¿Dónde está, padre?* Notando un cambio, al darse cuenta de que su madre ha dejado de llorar, Manuel abre la boca y se permite por fin el sueño. Al tomar impulso para ponerse de pie, Carolina arrastra el asiento. Antes de nada, la madre hace oír su voz, pide a sus hijos que recen juntos una oración. En la habitación de fuera, la madre hace la señal de la cruz ante el crucifijo y se arrodilla, los hijos se arrodillan con ella, un paso por detrás. La madre tiene las manos hundidas la una en la otra. Comienza un avemaría sobre el silencio, los hijos la siguen. Lúcia, a poca distancia, abre los ojos y se maravilla ante la fe con que su madre llena el pecho de aire. Vuelve a cerrar los ojos y le copia el credo con fidelidad absoluta.

Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros.

Jacinta insiste en perseguirla, corre tras ella con pasos breves, a veces tropieza con la tierra, pero su deseo es pasar delante de ella y hablarle a la cara. Jacinta no se calla, le falta el aire en medio de las frases, inspira y continúa, tiene voz de niña.

Todavía no están buenas, ¿no ves que todavía no están buenas?

Debes de saber mucho de manzanas, tú.

Lúcia se acerca al manzano y analiza las ramas, están cargadas. La pequeña se angustia al rodearlo. Francisco pone la mano en el hombro de su hermana. Jacinta no lo nota y solo se queda sin palabras cuando Lúcia elige una manzana y tira de ella. Al fruto le cuesta desprenderse, se separa ruidosamente, agitando el árbol entero, haciendo caer media docena de hojas. A la sombra del manzano, la mañana aún es fresca. Los pájaros dibujan arcos y otras figuras caprichosas en el cielo, tienen espacio y tiempo. Las ovejas, dormidas, no dan problemas, se mantienen en el campo que les corresponde, rodeadas de pasto para hartarse. Lúcia limpia la manzana en su falda, la mira, verde, demasiado redonda, y le pega un mordisco. Los primos la observan asombrados. Lúcia mastica muy despacio, el silencio, y traga.

Sabe a miel.

Entonces, Lúcia deja que su prima la imite. Jacinta elige una manzana y la muerde con los ojos fuera de las órbitas. Un instante después, su rostro se transforma en una mueca ácida. Lúcia sigue mirándola con la misma satisfacción.

Ahora tienes que comértela entera. ¿O te crees que puedes desperdiciar las manzanas de mi padre?

Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

A la sombra, los primos se han arrodillado detrás de Lúcia y, en voz baja, han rezado antes de comer. Masticando la última corteza, sentada en la tierra, Lúcia todavía piensa en su madre. Falta poco para el mediodía. Algunas ovejas se acercan al reguero de agua, son las borregas preñadas las que beben más. Tanto en el rebaño de Lúcia como en el rebaño de sus primos, hay unas pocas a punto de parir. Cuando empiece la primera, las demás no tardarán en echar fuera sus borreguitos, escuálidos, torpes, y después la placenta, un saco grande de sangre y sebo. Lúcia y sus primos ya han visto nacer muchos borregos. Ahora, parece silencio el rumor de este pequeño reguero de agua. Parece paz esta tierra que alberga toda la vida futura en su interior. Pero, de repente, Lúcia se levanta. Los primos la siguen. Lúcia y sus primos avanzan rectos, sin tener en cuenta caminos y, sin necesitar palabras, se quedan quietos ante una pequeña encina.

- 4¹ He aquí tu rostro iluminado por esta hora de mayo.
- 2 Al hijo auténtico, le basta con cerrar los ojos para ver el rostro de su madre.
- 3 La frontera que separa dentro y fuera es imprecisa a propósito, más exacta es la frontera de los meses.
- 4 Madre, las tardes de mayo no son una casualidad.
- 5 He puesto un poco de ti en lo más importante que he hecho.
- 6 Donde haya tierra estás tú, das fuerza y horizonte.
- 7 El aire no permitiría respirar si no te contuviese.
- 8 El agua no podría alimentar sin tu presencia líquida.
- 9 El fuego no llegaría a encenderse si no incluyese tu misterio en su misterio.
- 10 Ya estabas en el principio del firmamento, en ese rugido que llenó la superficie del cielo y de la tierra, que rasgó las tinieblas; del mismo modo, estarás en su último fin.
- 11 Estás antes y después.
- 12 Estás en el lento paso de la eternidad.
- 13 Madre, atraviesas la vida y la muerte
- 14 Sabes que he creado todo cuanto existe y también sabes que no he creado todo cuanto podría existir.
- 15 Entre las ausencias evidentes, están las palabras capaces de decir tu belleza.
- 16 Indistintas del silencio, estas palabras esperan un tiempo que no llegará y, así, hacen que tu belleza sea imposible.
- 17 Esa es la naturaleza de lo divino, existe y es imposible.
- 18 Madre, no es una casualidad la falta de palabras para decir tu belleza.
- 19 Tu belleza no quiere ser dicha, prefiere ser contemplada.
- 20 Los ojos no tienen la ambición de poseer.
- 21 Tu belleza es tu libertad.
- 22 Por eso, madre, por amor y respeto, he puesto un poco de ti en todo cuanto he hecho.
- 23 No se puede mirar a ningún punto de esta obra sin verte.
- 24 Madre, este instante no es una casualidad.
- 25 En todo lo que he hecho bien he puesto un poco de ti.

como la verdad atraviesa el tiempo,
como los nombres atraviesan aquello
que nombran.

No pienses que esta es una casa de mentiras. Aquí no hay nadie dispuesto a soportar a mentirosos, y menos aún en un caso tan serio. ¿Alguna vez nos has visto a tu padre o a mí inventándonos embustes? ¿Alguna vez has visto a tus hermanas o a tu hermano, el pobre, burlándose de ese tipo de asuntos? Ay, Lúcia, no me merezco la mitad de los disgustos que me das. Parece que no son suficientes todos los que llevo encima, que arrastro todos los días, y todavía te vas a acordar de más molestias. ¿Para qué, hija? No te falta pan, no te falta descanso, no te faltan juegos. Madura. ¿No ves que eso no está bien? Hasta la Virgen se inquieta con estas cosas, no es bueno ni pensarlo. Venga, todavía estás a tiempo de arreglar este desaguizado. ¿Me estás oyendo? ¿Me estás oyendo? Mira que llamo a tus primos y vas a quedar como una mentirosa. ¿Estás segura de que no quieres decir nada? ¿Me estás oyendo? ¿No quieres decir nada? Responde. ¿De verdad que no quieres decir nada más?

No, señora.

Jacinta entra en la cocina como si hubiese venido corriendo, ojos ágiles. Francisco, mucho más lento, llega cuando su hermana ya ha perdido ímpetu bajo las miradas de la prima y la tía, calladas y serias. Carolina cierra la puerta de la calle y se queda parada detrás de su madre. La voz de Maria, brusca, amedrenta a Jacinta, produce un eco grave en su interior.

¿Tú has hablado con la Virgen?

Desprevenida, Jacinta menea la cabeza, no, no, no, como un ratoncito nervioso o como otro animal, igualmente pequeño y nervioso. Con la misma tensión, la voz de su tía sigue dándole miedo.

¿Tú has oído a la Virgen decir algo?

La cabeza de Jacinta solo tiene aquel movimiento, no, no, no. El terror le seca los ojos. Maria se gira hacia su sobrino.

¿Y tú? ¿También has oído a la Virgen?

Tras una pausa desconsolada, sin levantar los ojos del suelo, Francisco niega con la cabeza. Maria no le pregunta si ha hablado con la madre de Dios, la respuesta es correcta. Francisco casi no habla con ella, que es su tía, cómo iba a hablar con la Virgen.

El aire de la cocina no tiene tiempo, solo tiene sombra.

Jacinta encuentra el rostro furioso de Lúcia, que la mira con los labios apretados.

Pero es que he visto a la Virgen, la he visto.

La voz de Jacinta, apagada, casi no se hace oír. Sus palabras han atravesado una enorme erosión antes de ser dichas. Maria empieza dudando de su percepción, le parece que esas palabras no han existido. Y solo después de recapitular esos instantes se deja llevar por la rabia, sería capaz de romper la mesa de un puñetazo. En vez de eso, se levanta y empuja a sus sobrinos por los hombros, los echa a la calle.

Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Después de cenar, en coro, rezan un avemaría por orden de la madre, preocupada con las venganzas que la Virgen pueda cobrarse con la familia. El padre aún no ha llegado a casa.

Vamos todos a pagar por esta farsa. Una mentira es como una semilla dañina, es espontánea y sin ley, puede caer en cualquier terreno. Y germina deprisa, se agarra a cualquier terrón de tierra y chupa todo lo que puede, roba todo lo que sea capaz. Ahora tienes la oportunidad de arrancar esa mentira por la raíz.

Los ojos de la madre no le dan descanso. Las hermanas ordenan la cocina en silencio, escuchando esta canción. El hermano tal vez esté en el establo, atendiendo al rebaño. La huérfana se dirige al barreño donde va a fregar la loza.

¿Lo estás oyendo? Nunca pensé que me iba a tocar una vergüenza semejante en mi vida. El prior ha dicho que quiere hablar contigo. Si no me debes respeto a mí, que soy tu madre, que te he llevado en esta barriga durante meses y meses con el esfuerzo de un sufrimiento que solo yo sé, al menos espero que lo respetes a él.

La huérfana aparta la cazuela de su cama de brasas, el agua ya debe de estar tibia. Cuando la vierte, lo que cae sobre el barreño es un chorro de sangre espesa. O el agua se ha transformado en sangre, o la cazuela ha estado siempre llena de sangre. La madre, las hermanas y la huérfana no se dan cuenta. Atenta, Lúcia observa el fenómeno sin decir nada. El barreño se llena de sangre viva. Entonces, en ese silencio, empieza a llover fuego. Llamadas de fuego atraviesan el aire, primero poco a poco, después sin parar.

JUNIO

(Entender a los demás no es una tarea que empiece en los demás. Al principio somos siempre nosotros mismos, la persona en que despertamos ese día. Entender a los demás es una tarea de la que nunca nos libramos. Ser los demás es un espejismo. Cuando estamos allí, viendo lo que ven los demás, sintiendo en la piel la brisa que los demás sienten, somos siempre nosotros mismos, son nuestros ojos, es nuestra piel. No somos nosotros siendo los demás, somos nosotros siendo nosotros. Nosotros nunca somos los demás. Podemos entenderlos, que es lo mismo que decir: podemos creer que los entendemos. Los demás incluso pueden asegurar que los estamos entendiendo. Pero esa será siempre una fe. Lo que entendemos está encerrado en nosotros. Lo que procuramos entender está encerrado en los demás.)

Lúcia observa la cabeza cortada de la gallina, intenta reconocerla. *¿Puedes abrir los ojos?* La gallina no responde y no abre los ojos. Con la cresta mustia, tiene el pico torcido y seco. Con la punta de los dedos, Lúcia le abre el pico y analiza la fina lengua. Glória y Carolina esperan a que la madre vierta la cazuela de agua hirviendo sobre el barreño, sobre el cuerpo decapitado de la gallina. El agua forma una nube de vapor, primero tallada en el aire de la mañana y que, justo después, se deshace al sol. El tiempo se siente mucho durante cada instante. Cuidado, cuidado, Glória y Carolina llevan el barreño con pasitos cortos, vierten el agua en la tierra, olor a caldo sucio de gallina. Traen el barreño y el cuerpo de la gallina de vuelta a la sombra. Ahora la piel está suave y las plumas salen a montones, crepitan cuando Glória y Carolina tiran de ellas con gusto. Suelta eso, dice la madre al pasar al lado de Lúcia, y sigue su camino hacia cualquier tarea que no puede esperar. Lúcia deja la cabeza cortada, se levanta y se acerca a sus hermanas, entretenidas, dobladas sobre el cuerpo de la gallina. Muy cerca hay más gallinas, Lúcia las mira, picotean la tierra, como si no supiesen que falta poco para el domingo en que llegará su turno.

5¹ La vida es un tiempo indiviso.

2 Ninguna prueba puede ser rechazada sin que se rechace la propia vida.

7 Así se entienden los meandros de los ríos más irregulares:

8 las contrariedades son tan indispensables como las grandes

- ³ Sobre esto, presento una parábola: Érase un hombre trabajador;
- ⁴ sin ayuda, plantó un sembrado que podría dar alimento al invierno de una aldea.
- ⁵ Pero, cuando llegó la época, se negó a segar y, por mucho que intentó evitarlo, el sembrado murió lentamente ante sus ojos.
- ⁶ Entendió tarde que, durante una vida entera, las espigas son también harina y pan.
- victorias.
- ⁹ A ojos de Lázaro, la muerte es una edad.
- ¹⁰ Para los justos, no hay más pesar tras el final que antes del principio.
- ¹¹ Nada le falta al tiempo.
- ¹² Que esta verdad se propague, pues es una de las primeras.

En medio de la calle, delante de la puerta abierta, las hermanas esperan a su madre. Lúcia intenta tener la misma edad que Carolina y Glória. Más adelante, casi en la plazoleta, protegidos en una zona de sombra, Manuel y el padre miran hacia abajo. Solo ellos saben por qué sonrían, tal vez les haga gracia la ceguera de las chicas, orgullosas de sus ropas almidonadas bien temprano, las primeras brasas del fuego directamente a la plancha. Antes de echar una gota de café a la boca, antes de cuidar a los animales, las hermanas andaban ya como locas preparando la ropa. Manuel y su padre saben que esa es la costumbre de todos los domingos, tal vez sonrían por el perro que anda de acá para allá entre las chicas, levanta la cabeza para llamar la atención. Carolina no se da cuenta, está absorta en una idea callada. Compartiendo esa indiferencia de mayor, Lúcia finge que no lo ve. *No te estoy viendo, perro pequeño y pesado*. Glória se levanta una punta de la falda y lo empuja con el pie, intenta convencerlo de que vuelva al corral, pero el perro levanta el rabo, cría cabezona. Al otro lado de la calle, Maria dos Anjos, la mayor, sale de su casa, saluda a sus hermanas casi en silencio. Su marido sale después y tira de la puerta. Mientras Maria dos Anjos sube los escalones y se asoma a la casa

de su madre, sin querer meterle prisa, el marido va ligero hacia su suegro y su cuñado Manuel. La madre sale de casa y, al subir la calle, mira a lo lejos. Sus hijas la siguen, Lúcia es la más diligente. Los hombres se aseguran del ritmo de las mujeres y caminan unos metros por delante. Los pasos de toda la familia los marcan las campanas que llaman a misa. Lúcia mira a su padre, que va delante de ella, luminoso y de buen humor. Junto a sus hermanas, Lúcia recuerda cuando era más pequeña y su padre la llevaba sentada en los hombros todo el camino a misa.

Las llamas se hunden en el interior de las velas.

Los hombres dejan su lado del presbiterio con más prisa. Cuando se levantan, solo ven la calle. Las mujeres se miran unas a otras. Si las sorprenden en ese gesto, sonríen con amabilidad ensayada. Tras un golpe blanco, tras acostumbrar los ojos al sol reflejado en la cal y las piedras, Lúcia distingue a su padre riéndose con unos hombres que ella no conoce. A poca distancia de Lúcia, hay gente que afloja el paso para fijarse en su cara, se tapan la boca con la mano para decirse algo. Lúcia baja la mirada. Durante el sermón, le ha parecido que el cura estaba hablando de ella; cuando ha mencionado a la Virgen, Lúcia se ha puesto colorada, ha sentido que todas las miradas la quemaban. Jacinta se acerca a su prima, la despierta con su estridencia infantil. En ese mismo instante, la madre de Lúcia la llama, es hora de volver a casa.

Teresa mantiene en equilibrio los cucharones de guisantes entre la bandeja y

el plato de su marido. A Lúcia ya la han servido, le sorprende la habilidad de su hermana para inclinar la fuente del asado y llenar la cuchara de salsa, que vierte sobre la carne, las patatas y los guisantes. Es una fuente pesada, de barro vidriado, está en el centro de la mesa. Teresa tiene que levantarse para servir al marido, que abre bien los ojos y traga en seco. Esta es la primera, hay otra que todavía está en el horno, también con trozos de gallina y patatas cortadas en dados. Lúcia siente la presencia de todos, principalmente la presencia de Teresa, que vive lejos y solo viene los días de fiesta. Pasa un instante en que están callados. Manuel también está callado, solloza cuando Maria dos Anjos habla de la guerra. Es fácil que te peguen un tiro. La madre aún no se ha sentado, porque quiere asegurarse de que no falte el pan que hizo ayer o porque insiste en sentarse cuando todos ya hayan comido, cuando le imploran que también se siente y coma. La guerra, la guerra, dice Maria dos Anjos. En el momento en que el padre añade un par de frases a la conversación y pronuncia el nombre del hijo, la comida deja de sentarle bien a Manuel y la madre empieza a aullar por lo bajo. La huérfana trae una ensaladera a la mesa. En el corral, a esta hora luminosa, cuesta imaginar que, en otro sitio, haya hombres matándose a tiros, con bombas, a puñaladas o como sea. A excepción de Lúcia, que es pequeña y entiende menos lo que es una guerra, entiende menos lo que es morir, todos temen por Manuel, y él mismo también. La edad tira de él hacia una guerra lejana donde solo se muere. Es triste. En la mesa queda el silencio de todos y el gesto del marido de Teresa sacándose un hueso de la boca y soltándolo, chupado, sobre el plato. Tras ese ruido seco, es Teresa quien habla de Lúcia y de la visión de la Virgen. ¿Cómo es eso? Lúcia mordisquea una alita de la gallina y esas palabras le crean una segunda piel sobre la piel, escaldando. Le duelen los ojos. Antes de que pueda responder, la madre llega de un lugar invisible, aparece y se enfada. Con gritos que asombran a todos, dice que no tolera

mentiras, que no tolera ofensas a la Virgen, se persigna dos veces seguidas, dice que está cansada.

(A la hora de la comida, solo tenías que sentarte en tu sitio. Aun así, te creías en el derecho de acusarme de demasiada o poca sal. Nunca le has dado valor a mi cansancio, porque siempre has ignorado mi trabajo y mi entrega. Ahora juntas estas palabras como si hicieras una gran hazaña. Te mereces que los que están durmiendo sean los primeros en ponerte adjetivos. En el fondo, te pasa con ellos lo mismo que me pasaba contigo: como aparecía hecho, suponías que no costaba nada.)

Nunca se lo explicaron, no es propio de una niña, tiene pocas ganas de aprender. Lúcia no entiende los detalles del juego de cartas que anima a su padre y sus amigos, pero se da cuenta de que su padre va ganando cuando levanta la voz y golpea con las cartas la tapa de la mesa improvisada: la portezuela de la carreta sobre dos caballetes. El ruido hace que los gorriones salgan disparados de las ramas de los árboles. En esas bazas, las carcajadas del padre estallan en el aire. Se lleva el vaso de vino a la boca, bebe lo que queda de un solo trago y susurra una interjección que expresa alegría en la garganta. Lúcia no se pierde ni uno solo de esos gestos. El aire es fino, lleva el sabor y la sombra de los montes y los cabezos, perfume de eucaliptos, pinos, savia vieja de olivos. Parece un tiempo sencillo. La madre interrumpe una conversación para acudir a la llamada de su marido. Le pide que eche unas partidas con ellos. Los hombres exigen revancha porque ella gana siempre. Sin responder, Maria se sienta y apuesta una moneda. Lúcia se alegra de la sonrisa de su madre.

Estás en racha.

Maria no responde a su marido, parece que no lo oye, solo ve las cartas que están encima de la mesa y las cartas que tiene en la mano, divididas por palos, ordenadas en el momento en que se las dieron, tras barajarlas Anastácio. El marido se enfada, lanza las cartas contra la madera, levanta la voz. Maria solo habla en los momentos imprescindibles, pone las cartas en la mesa con gestos razonables, deja que el ruido nazca de la sorpresa de cada jugada. Tras la última baza, recoge las monedas. Toma la suya, exactamente la que había apostado, y se la guarda. Pone todas las demás en el centro de la mesa. Los hombres se frotan las manos y cubren la apuesta, el marido pone voz a ese entusiasmo. Lúcia y sus hermanas no se atreven a acercarse. Los novios de Glória y Carolina están sentados a su lado, separados por dos palmos, y solo respiran. Como si tuviesen las mismas cartas y las jugasen por el mismo orden, repiten el juego. Maria recoge la última baza y, sin tener que echar cuentas, recauda todas las monedas que están en el centro de la mesa, se levanta y se las echa en el bolsillo del delantal. El marido la provoca para que juegue más, los demás lo apoyan con gruñidos. Maria les da la espalda, cada paso hace que las monedas tintineen en el delantal, camina hasta las mujeres que hacen croché, se sienta con ellas y, en unos segundos, coge el hilo de la conversación.

Los pobres se quedan fuera, mirando. A media tarde, hay media docena de niños y tres adultos, dos hombres y una mujer. Todos tienen los mismos ojos saltones, grandes globos blancos, pero los niños demuestran más vida, se nota en algunos movimientos sutiles y en el alboroto. Los hombres y la mujer, rostros huesudos y desesperados, parecen mártires de una tragedia que solo ellos recuerdan. Los pobres respetan el domingo con su silencio, no piden nada, solo miran, situados en una punta de la calle. La familia y los invitados, vecinos o parientes, evitan esa imagen. La tarde llega a su fin cuando aparece un ciego con una guitarra y todos se vuelven hacia él. A Maria le gusta la decisión con la que su marido se levanta del juego, camina hacia el ciego y lo guía hasta el centro del patio. Tras dejarlo allí, tropieza con las botas, casi se cae, levanta una pequeña nube de polvo. Con la lengua demasiado grande, seca, estropajosa por el vino, dice que está todo bien y sonrío hipnotizado. El ciego pasa los dedos por las cuerdas de la guitarra y empieza a cantar un fado muy triste, la historia de un lisiado sin suerte en la vida. Toda la gente se emociona. Maria interrumpe el principio del segundo fado porque oye las campanas de la iglesia tocando avemarías. Los pobres en la calle son los primeros en arrodillarse. En el patio, hombres, mujeres y niños se arrodillan a la sombra.

Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo.

La tarde está ya tranquila cuando Maria se despide de su hija Teresa. La dimensión de su desvelo es la carga de obsequios que pone en manos de su yerno. Robusto, manos gruesas y curtidas por la azada, aguanta bien tres cestos de fruta, verdura, huevos, carne y las sobras de la comida. A Glória casi se le saltan las lágrimas al marcharse su hermana. Por respeto, a Lúcia también le duele aquella despedida, su hermana se lleva su buen humor, los

detalles propios de su sonrisa. De repente, llega la hora de salir. Maria acompaña a la última mujer a la calle, se gira hacia los pobres y les dice: venga, ahora os toca a vosotros. Al anochecer, los ojos de los pobres crecen aún más cuando reciben las tareas que les manda Maria. Son siluetas recortadas, formas que anticipan la noche: niños que pasan cargados, un hombre que recoge la mesa de jugar a las cartas, una mujer que se lleva los caballetes. Maria le da una escoba a una chica embarazada. Realmente no hay que barrer el patio, pero Maria quiere que el día termine así. Hace mucho que Maria dos Anjos ya está en su casa. Manuel se ha cambiado de botas, tiene dos pares, y está en el establo atendiendo a los animales. Lúcia se ha ido con Glória y Carolina a la cocina, salió del corral cuando los pobres empezaron a señalarla y a santiguarse. Su padre está sentado más adelante, casi al lado del pozo, solo, respirando profundamente, inspira aire fresco y, después, como si intentase hinchar un globo perforado, expira aire tibio en la noche. Cuando llega la huérfana con la olla, los pobres la rodean. Les da los cuencos, hay para todos, y siente el olor a sudor viejo. Reparte rebanadas de pan y cucharones de caldo, pan de la semana pasada, agua donde cocieron un trozo de tocino. A un chico, pelo rapado, seis o siete años, le toca el trozo de tocino, lo coge del caldo, sus ojos se iluminan y se arrima corriendo a su madre para repartírselo.

(Cuando eras pequeño, yo te guardaba la mejor parte de todo. Si alguien se atrevía a codiciar las cosas del niño, me volvía una fiera. Me gustaría saber por qué ahora no me llamas nunca para compartir las partes buenas. Pero, si pasa algo malo, es verdad que vienes corriendo a quejarte.)

MISIÓN ABREVIADA
PARA
DESPERTAR A LOS DESCUIDADOS,
CONVERTIR A LOS PECADORES
Y SOSTENER EL FRUTO DE LAS MISIONES
ESTE LIBRO ESTÁ DESTINADO
PARA
HACER ORACIÓN E INSTRUIR AL PUEBLO,
PARTICULARMENTE PUEBLO DE ALDEA.
OBRA UTILÍSIMA
PARA LOS PÁRROCOS, PARA LOS CAPELLANES, PARA
CUALQUIER
SACERDOTE, QUE DESEA SALVAR ALMAS,
Y, FINALMENTE,
PARA CUALQUIER PERSONA QUE HACE ORACIÓN PÚBLICA.

El marido agarra a Maria en la despensa. La empuja contra un arcón, le echa las manos a la cintura y allí mismo la empotra. Se oye la voz de sus hijos en la cocina, a poca distancia. El marido tiene la respiración fatigada, como un lobo que resuella. Maria lo empuja con palabras susurradas y, cuando distingue la voz de la comadre Teresa preguntando por ella, le da un empujón y se lo quita de encima. Se coloca el pañuelo y entra en la cocina, donde el fuego y el candil ya iluminan los rostros. El domingo todavía no ha terminado. Anastasio saluda a su esposa. Lúcia pide a su madrina que la bendiga. El marido de Maria entra en la cocina, contento, da las buenas noches a Teresa, que le enseña el cesto de los buñuelos. Bromeando, él finge limpiarse la barbilla, como si se le estuviese cayendo la baba. Todos se ríen.

Maria mira a su hija Lúcia, la ve reírse y se alegra porque cree que ya se le han olvidado los jaleos que tuvo con la Virgen. Se santigua discretamente. Cenan en paz y concordia, cenan como es debido en un día santo. Maria deja que su marido le llene la copa dos veces. Cuando Teresa y Anastasio ya se han marchado a su casa y los hijos están abriendo la boca, la madre se dispone a hacer una lectura antes de acostarse. Carolina le pide que lea otra vez aquel libro, *Misión abreviada*, le pide la historia en la que la Virgen se aparece en las preciosas montañas de Francia. Sin palabras, con una mirada, la madre rechaza esa petición poco apropiada. Para acabar con la conversación, evitándole a Lúcia ese tema, la madre abre la Biblia y lee algunos pasajes del Libro de Job. Cuando termina, con su voz extendida por la penumbra, los hijos se levantan y se disponen a acostarse. De camino al dormitorio, el marido pasa demasiado cerca, le roza la falda y le da un pellizco en la espalda. Maria siente que el rubor le sube a la cara; sabe que, esa noche, en cuanto sus hijos se duerman, va a entregarse a su marido de todas las maneras, él lo merece.

Las ovejas saben el camino, arañan la tierra de las calles, llenan esta hora de la tarde con las voces de las más jóvenes, balando impacientes y, a veces, para poner orden o calma, con el clamor aislado de una oveja adulta, madre necesitada de un esquilado. Jacinta corre tras cualquier desconfianza, no se está quieta. Lúcia y Francisco van casi juntos. Para los primos mayores, la subida es larga. Cuando llegan a casa de Jacinta y Francisco, los rebaños se separan sin ayuda. Las ovejas saben de dónde son.

6 ¹ Ninguna tempestad tiene suficiente fuerza para arrancar un nombre. ² Aquello con que cargas te acompañará siempre, ³ formará parte hasta de tu silencio. ⁴ Fíjate en ti, ⁵ fíjate en cuánto de lo que te constituye es eterno e inmortal.

Ya sola, casi al anochecer, Lúcia se fija en un corderito pequeño; nació hace unos días, aún tiene poca lana sobre la piel, los huesos señalados; anda con las patas cruzadas, son largas como varas.

¿Quieres que te tome en brazos?

Gracias, niña. ¿Todavía estamos lejos de casa?

Es pasando esa esquina, ya casi, ven aquí.

Ay, me gusta tanto tu regazo.

Lúcia va entretenida con la ligereza del corderito, con su olor todavía limpio, y ni siquiera ve a la mujer que se acerca por detrás, la coge del brazo, le pone la mandíbula en el hombro y le susurra al oído.

Si fueses mi hija lo ibas a llevar claro. Tengo un cinto en casa que ya habría probado ese lomo. No está bien ser una embustera, es cosa de bicho venenoso. Y aún peor tratándose de mentiras que llevan a engaño a tanta gente. Maldita seas. Que el Diablo te rechace del mismo modo que el Señor no te quiere.

Cuando Lúcia consigue soltarse, levanta la mirada y la reconoce, es una vecina, pero el rostro de la mujer se deshace, pierde su forma; Lúcia podría compararlo con la masa cruda del pan cuando se amasa; sin embargo, la gran diferencia es la sangre que le corre por las mejillas desfiguradas, sangre que escurre; solo los ojos y los dientes se mantienen intactos. Es esta la muerte hecha de sufrimientos sin fin, amenaza de cuchillos, carne abierta, cuchillos limpiando los huesos y partiéndolos. Hay una bocina mundial que llena esta hora, un grito constante. Lúcia encuentra el momento de huir, pero de nuevo la agarran, ahora por el otro lado, y siente la voz de un hombre demasiado cerca.

Ya he conocido a muchas como tú, acaban mal, destrozadas por la propia desgracia que esparcen por el mundo. No te olvides de que existe el viento, guiado por la mano justa de la providencia. Así como lanzas puñados de veneno al aire, esas motas ácidas te caerán en los ojos.

Dirigiéndose a esta voz, Lúcia vuelve a reconocer el rostro de un vecino, y de nuevo esa expresión se deshace en sangre y desgracia, los ojos la observan desde el interior de una pesadilla, más muerte de sufrimiento sin fin, más dolor, amenaza de llamas y dolor, incendio sin perdón.

- 7 ¹ Que se calmen los desesperados, su ⁴ Por cada ofensa habrá un consuelo.
mañana llegará. ⁵ Soy yo quien lo dice.
- ² La tierra que pisarán espera su turno
bajo esta tierra.
- ³ Hay día y noche.

Dios podía haber dicho mucho más, no le falta verdad por revelar, pero sabe que solo vale la pena decir lo que puede entenderse. También podía habernos conducido ante la imagen de Lúcia, escondida detrás de una pared del establo, las ovejas indiferentes a sus lágrimas, pero prefirió darnos un momento de esa misma velada, en otra casa, en otra aldea. Allí, iluminado por una luz mate, un hombre pela una naranja y le explica a su mujer que António Abóbora, con quien se ha pasado el día escardando, le ha contado que a su hija pequeña se le había aparecido la Virgen en el campo. La mujer no deja escapar una palabra. Mientras termina de pelar la naranja, de separar los gajos, el hombre le dice que también estaban presentes los primos de la muchacha, dos hijos de la hermana de António Abóbora. La Virgen les ha asegurado que volvería todos los meses hasta octubre. Sentados a la mesa, los hijos escuchan esas nuevas con temor y silencio, sin alterar el pabilo del candil. El hombre no dice nada más. La mujer tiene chispas en los ojos, se llama Maria.

Las personas salen de casa con sus mejores ropas, eligen el camino más liso y limpio para no levantar polvo. Hoy no hay nadie por las veredas. Los hombres aceleran el paso, pueden sentir el sabor del vino que les regará la garganta, será vino a buena temperatura. En la parroquia habrá misa cantada: los bancos hasta arriba y gente de pie a los lados, detrás, fuera. Más tarde, alrededor de la iglesia, desfilarán los carros de bueyes adornados con ramas de árboles, flores silvestres o macetas, banderines de papel o colchas, todo lo que dé color. Tienen que detenerse delante del balcón del cura, debidamente organizados, y serán bendecidos desde arriba. Algo de esa santidad salpicará al pueblo. Y las campanas no se cansarán a la hora de repartir pan a montones; de las carretas a las manos tendidas: pan blanco, harinoso. Después, para agradecer al santo, habrá procesión. Más tarde, ya entrada la noche, habrá verbena, un baile en toda regla. Y cohetes, unos tras otros. San Antonio sabe animar y animarse.

Con sus mejores ropas, con los zapatos protegidos del polvo exagerado, Lúcia pisa las calles del pueblo. Hay mucha gente en todos los caminos, pero Lúcia siente claramente la entrada en ese círculo, el ruido es muy diferente. En las aceras de las calles adoquinadas, los perros se sorprenden ante tanta gente. Los hombres sueltan carcajadas estruendosas y ráfagas de humo negro, finos cigarros de fiesta. Los cortejos se hacen a distancia, trazando rectas que

atraviesan lo que sea necesario. Lúcia es una mujercita que camina entre la multitud, pocas personas se fijan en su rostro ensimismado. Lleva una idea en su interior, camina como si fuese inclinada sobre ella, defendiéndola. Llega al atrio y ve a las chicas que la están esperando, son unas pocas. Cuando Lúcia habla, se juntan más para oírla bien. Van llegando otras, son compañeras de primera comunión, hecha ese año. Más o menos apocadas, todas esperan la decisión de Lúcia para saber qué hacer. También era Lúcia quien elegía los juegos antes de la catequesis. Llegan más, todas se saludan, son niñas de diez años. Cuando Lúcia lo decide, dice una palabra que las demás distinguen del bullicio. Y empiezan a andar, la siguen, son catorce chicas de la misma altura.

Jacinta se queda deslumbrada ante tantas chicas mayores, su voz se altera. Francisco intenta desaparecer aún más. Al ver a sus primos, el recuerdo que traía Lúcia empieza a diluirse. En esa memoria, su hermano es una imagen que repite gestos y palabras: ofreciéndole una moneda si no salía del pueblo, si se quedaba en la fiesta, caminando a su lado y junto al grupo de chicas, hablándole de su madre, diciéndole que su madre se iba a enfadar, y Lúcia apresurando el paso, palabras que intentaban frenarla pero, para sorpresa de su hermano, eran combustible que la inflamaba. Esa mañana, con un bigote de café, Lúcia le había explicado a sus primos que iban a llevar a los rebaños a pastar más cerca, había mucha hierba y poco tiempo. Los primos lo entendieron bien. Había llegado el día. Por fin había llegado el día. Hasta Francisco parecía entusiasmado o nervioso. Las ovejas comieron en poco más de una hora. Lúcia estaba libre para vestirse de limpio y marcharse a la reunión de las chicas; los primos, que tenían a sus padres haciendo negocios e inspecciones en una feria de ganado, se prepararon para el acontecimiento.

Las ovejas aceptaron bien el establo. Este junio, los animales de lana agradecen la sombra. Y bajo el mismo junio sigue caminando este pequeño rebaño de niños: las chicas de la primera comunión, Jacinta volviéndose hacia todos lados, Francisco encogido y Lúcia delante, caminando sin dudas, mirando al final del camino.

(Las certezas son siempre una ventaja. Hay razones a favor de todo y contra todo. Cualquier punto de vista puede justificarse o condenarse. Además, hay infinitas posibilidades entre el sí y el no. Poco importan las respuestas que elijas, ¿quién tendrá suficiente autoridad para juzgarlas? ¿Quién se creerá con suficiente lucidez para contradecirte? Alguien que solo tenga certezas, ¿no te parece? Sé que prefieres creer a cualquier extranjero que escriba libros antes que a mí, tu única madre, pero esta vez deberías escucharme. Sería lo mejor para ti, estoy completamente segura.)

Niña, ¿cuál es la encina en la que se te apareció la Virgen?

Fue aquí mismo.

Lúcia responde a todas las preguntas de Maria. No sabe que su padre tiene al marido de Maria trabajando con él. Hoy es la primera vez que se ven las dos, no será la última. Con muchas dificultades, llegados desde su aldea, Maria ha traído a su hijo inválido, se llama João. En medio de un círculo de mujeres atentas, está apoyado en el palo que usa para caminar, escucha la conversación de su madre y la niña, tiene la punta del palo debajo del brazo, sujeta en un callo. Cuando llegaron Lúcia, las chicas y los primos, ya estaban allí Maria y otras mujeres. Eran más de veinte, venían de diferentes pueblos vecinos y pretendían saber quién había visto y hablado con la Virgen. Lúcia

no dejó pasar un segundo, rápidamente dijo que ella. Las preguntas de Maria son devotas, buscan detalles. Lúcia tiene respuesta para todas. Las mujeres quieren rezar, Maria deja a la niña que vaya a jugar con las demás, la ve alejarse. Extasiada, Jacinta habla con su prima, va a explicarle el juego, pero Lúcia no baja la mirada. Jacinta no consigue captar su atención. A la hora del almuerzo, las mujeres se sientan para comer, cada una saca su merienda. Los niños, metidos en sus juegos, van comiendo altramuces. En plena digestión, las mujeres empiezan el ritmo del rosario. Forman un rumor que se aleja por los campos, llega a los olivos, a las jaras, se hunde en la propia tierra; las voces de las mujeres son naturaleza, agua o viento. En un descanso, cuando una mujer está a punto de levantar la voz en la letanía de la Virgen, Lúcia se acerca a Jacinta y le habla alto, para que todo el mundo lo oiga.

Jacinta, ahí viene la Virgen, ya he visto el relámpago.

Las mujeres se levantan deprisa y corren por la tierra labrada. Las niñas de la primera comunión van todas juntas. Jacinta y Francisco tardan en llegar al lado de Lúcia, ante la pequeña encina. Serenan la respiración y se arrodillan, todos se ponen de rodillas.

8¹ En estos términos declaro que te creé para que me creases.

² Eres la fuerza desconocida de aquellos que aún no se han enfrentado a amenazas auténticas.

³ Pero esa hora llega siempre, fuego que ilumina o quema; entonces, descubren un ánimo que nunca habían considerado.

⁴ Antes, bebieron de fuentes antiguas, se acostumbraron a ideas imperfectas y ya

⁹ Sin ti, yo no sería yo; tendría otro nombre, otro rostro, estaría en otro sitio, convencido de certezas que serían tan ciertas como estas.

¹⁰ Sin ti, la verdad sería otra.

¹¹ Puedo avanzar por un camino sin regreso, puedo ser tu hijo eterno, incluso sabiendo que existes por mi acción.

¹² Madre, para hablar de ti he tenido que poblar el mundo entero de cuerpos visibles e invisibles.

- no esperaban noticias cuando fueron socorridos por esa fuerza que, al final, traían siempre bajo la piel, disuelta en su sombra;
- ⁵ esa sombra eres tú.
- ⁶ Madre, la vida que me has dado es contra el miedo.
- ⁷ Madre, vuelvo a nacer de ti siempre que tengo que mostrar toda la esperanza posible.
- ⁸ Sin ti, ¿dónde estaría aquel que soy?
- ¹³ Puedan las palabras sostener el peso de los caminos que abren, porque cada palabra es el principio de un tiempo.
- ¹⁴ En esa fe, he concebido la abundancia y la escasez, he condenado a generaciones a una y otra para permitir a tu sentido los contrastes que lo componen.
- ¹⁵ Madre, primera y última palabra.
- ¹⁶ Eres la flecha que disparas y que, al fondo, acierta en ti.

(No te pido las exageraciones de Dios cuando habla de su madre, pero me gustaría mucho que dijese algo agradable de mí. No sería necesario que me lo dijeras a la cara, bastaría que lo escribieses. Después, cuando leyese esas palabras, podría imaginarlas en tu voz.)

Una mentira, fina como un pelo, perturba para siempre el orden del mundo. Lo que sabemos tiene mucha importancia. Tomamos decisiones, vamos por aquí o por allí según lo que sabemos. Y todo lo que vendrá después, el futuro hasta el final de los tiempos, será diferente si vamos por un lado en vez de ir por otro. Nacen personas debido a insignificancias, mueren personas por ese mismo motivo. Una persona es una máquina de cosas que pasan, posibilidades multiplicadas por posibilidades en todos los instantes de su tiempo. Una mentira, aunque transparente, perturba la percepción que los demás tienen de la realidad, los lleva a creer lo que no es. Esa contaminación va a enturbiar su lógica del mundo. Las conclusiones a las que puedan llegar serán calculadas a partir de un dato falso y, desde ese momento, todas las cuentas serán multiplicaciones de errores. Una mentira confunde todo lo que toca, desequilibra el mundo. Por eso una mentira necesita siempre nuevas mentiras para sostenerse. El mundo no la protege. Para tener coherencia, cada mentira requiere la creación apresurada de un mundo de mentira que la sostenga. Así, la mentira va avanzando por el interior de la verdad, como un topo ciego que abre túneles y cámaras bajo la superficie de la tierra. Cuando se abre la boca para soltar una mentira, la primera, hija de nada que la justifique, nunca se puede tener la noción completa de dónde llegará. En ese momento, en la aparente inocencia, con voz de gatito recién nacido, está soltándose un depredador voraz, su hambre no tiene límites. Una mentira puede construir edificios enormes, levantar ciudades; una mentira puede

poner en movimiento a miles de personas, puede servir de propósito a multitudes incalculables, cada puntito una cabeza con su historia; una sola mentira puede mantener en cautiverio a generaciones enteras de personas que aún no han nacido, nietos que sus abuelos no pueden imaginarse, ignorantes de la mentira original que los domina. ¿Lo entiendes? ¿Puedes entender lo que estoy intentando decirte?

Sin pestañear, Lúcia siguió mirando fijamente al cura a los ojos, pero no le respondió, continuó en silencio, respirando por la nariz, con los labios apretados.

Hay tres o cuatro sotanas colgadas en perchas, tendidas, como fantasmas de curas revoloteando. Lúcia siente que hasta esos sacerdotes flacos e invisibles la juzgan, los imagina con la misma mirada severa que le dirige el prior, sentado detrás de la mesa, cejas resolutivas. A su espalda, la mirada de su madre es aún más severa porque, sin verla, contiene toda la aspereza que Lúcia puede imaginarse. Es así como el olor a cera, velas quemadas durante años y años, paraliza todavía más el aire de la sacristía, le da espesor y silencio entre las palabras.

El prior repite las preguntas. Lúcia repite las respuestas y, cuando puede, mira el crucifijo, colgado en la pared que tiene delante, sobre la cabeza del cura, parece que el Cristo se quiere tirar. *Aguanta, no decaigas*. Lúcia entiende la agonía de su expresión, se identifica con la pena que ve en él, pero se convence de lo contrario, hace un esfuerzo para no imitar esa expresión de martirio. Transforma la piel en una máscara rígida: su rostro es de piedra, su rostro es de piedra.

¿Solo te dijo eso?

Sí, señor prior.

¿Volverá el día trece de julio?

Sí, señor prior.

¿Lo entendiste bien? ¿Dijo trece, trece de julio?

Sí, señor prior.

¿Y para qué necesita que aprendas a escribir?

No lo sé, señor prior.

Pero ¿no tienes ni idea?

Tal vez para entender mejor lo que tiene que decirme.

¿Solo te dijo eso, que aprendas a escribir?

Sí, señor prior.

Pero ¿va a darte algo para leer?

No lo sé, señor prior.

Mientras el cura se sujeta la cabeza con la palma de las manos, abatido por una jaqueca, la madre de Lúcia lo anima a ser riguroso con su hija.

(Nunca me pareció que la disciplina te fuese a perjudicar. Dudo que consiguieras escribir tres palabras seguidas si no te hubiese enseñado esa lección. La disciplina tiene una utilidad propia. Sin límites, la desgracia entraría fácilmente en tu vida y, de la misma forma, serías incapaz de contener las alegrías que conquistases, se derramarían todas sobre la vida de los demás.)

Jacinta y Francisco esperan su turno en la iglesia vacía, sentados en el primer banco, rodeados de ecos.

Con la fresca, los pasos clavados en la tierra, Maria llega con sus hijos. João viene detrás, saltando entre las piernas torcidas y el cayado que trae debajo del brazo. Carolina, doce años, acompaña a su madre con un cesto, paralela a todos sus gestos. Al acercarse a la encina, se dejan caer de rodillas: Carolina con facilidad, João escondiendo ayes, Maria quejándose de cada articulación. La madre elige las oraciones, las hace sonar, las lanza con la brisa. Los hijos acompañan esas palabras con un zumbido. *De Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y.* Carolina se levanta de un salto, João se levanta con agilidad gracias al cayado. Agarran a su madre por los brazos, la ayudan. Cogen del cesto las cintas con las que adornan el árbol. Son tres personas, una mujer y dos niños alrededor de un árbol de metro y medio. Los colores de la tarde van cambiando lentamente. Profesoral, la voz de la madre se mezcla con la distancia de las cigarras. Coge las cintas con la punta de los dedos, las pone con el cuidado y el criterio de su fe. Sin que nadie allí pueda atestiguarlo, es en ese momento cuando nace el nombre por el que la llamarán a lo largo de toda su vida: Maria da Capelinha.

JULIO

Bien parece un engaño del demonio. Son tiempos de perversión, doña Maria. ¿Ha oído hablar de la guerra? ¿Ha oído hablar de los tormentos que se esparcen por esas Francias? El demonio tentador no se ahorra mentiras, al contrario, nos da lo que queremos o, aún con más malicia, nos da lo que ni siquiera sabíamos que existía, doña Maria, y que, sin embargo, era justo lo que faltaba para deshacernos. El camino de la justicia es una línea fina, se pierde al milímetro. Pero el camino de la infamia es todo lo demás, por ese terreno puede avanzarse durante años sin encontrar el final. Esa señora que ha descrito su hija, blanca y brillante, bien puede ser el propio demonio. En apariencia, él transforma con facilidad los cascos en dedos finos, la lepra en terciopelo, la antipatía en piedad. El pero, doña María, está en el lugar de donde sale esa belleza. Lo que nace del asesino, del venenoso, solo tiene sentido en la destrucción. Los que han muerto no soportan que todavía haya quien viva. Los que están contaminados se atormentan con la pureza de los demás. Creen equivocadamente que la desgracia de los demás remediará su desgracia. Creen equivocadamente que su sufrimiento encontrará paz en el sufrimiento de los demás. Porque el demonio sufre, no lo dude. El demonio sufre más que todos aquellos a los que hace sufrir.

9 ¹Así como todas las semillas fueron y serán fruto,

⁷ No se puede juzgar a la piedra sin considerar la puntería de la funda que la ha lanzado o el coste de la vasija que

2 también todos los justos fueron y serán
transgresores.

3 No hay plan que mi voluntad excluya.

4 ¿Para qué abrir caminos que no sirvan
de paso a nadie?

5 Que cada uno sepa temprar esto con
aquello, porque nadie tiene un sitio fijo
a los ojos de la redención.

6 En las manos de los hombres no hay
bien ni mal que no acabe.

7 ha roto.

8 En cada etapa, su verdad.

9 Que cada uno sepa guardar respeto
hasta donde alcanza la vista,

10 no vaya a darse el caso de que sea
exactamente allí hacia donde se está
dirigiendo.

Con ojos vidriosos, Maria sobrepone sus ideas a las palabras del cura. No es suficiente con enredar las manos la una en la otra, los dedos no bastan. Se le han agotado los detalles que puede mirar en la sacristía. Las moscas aprovechan este fresco, esta sombra grasienta, vuelan en ángulos abruptos, pero Maria no puede seguir observándolas, queda mal, parece que no está atenta a lo que dice el cura, el pecado de la distracción. Al mismo tiempo, no puede mirar al cura a la cara, no es capaz. Le queda desdibujar los contornos de lo que ve, dejar que los colores salgan fuera de las formas que los contienen y se mezclen. Los ojos se transforman en vidrio, dejando al cura con la convicción de que Maria está absorbiendo sus palabras, lo que es solo media verdad, al mismo tiempo que le deja a ella espacio libre para añadir sus propias palabras, que es la otra mitad de la verdad. Por eso, cuando llega su turno, la conversación está concluida, le basta con seguir un pensamiento, da voz a la voz que escucha.

Ay, señor prior, conozco tan bien ese paisaje de ofensas. A donde quiera que mire, me topo con vicios que prefiero no decir. Maldita sea la mujer que se

deje llevar por la debilidad de quejarse de un marido trabajador, que teme a los santos, cuya única fragilidad es la inocencia, si es que se puede considerar frágil aquello que, al final, constituye el centro del ser humano. Ponerles nombre a los vicios de esa especie es añadirles una fuerza extra. A ratos me enervo con ese mal que ha llegado a nuestra casa y a ratos me desanimo. En los dos casos pierdo años de vida, señor prior. Y, si me habla de la guerra, sepa que tengo un hijo en edad de preocuparse con esa matanza que se está produciendo lejos para inquietar a la gente de aquí. Esos horrores tienen otra cara cuando nos llegan a la piel. Mi hijo, el pobre, preferiría ser incapaz de imaginar despedidas así. Y, como si no fuera suficiente, ahora es mi hija pequeña, nacida hace cuatro días, la que está envuelta en un jaleo del tamaño del cielo o, por la misma medida, del mismísimo infierno. No tengo confianza con el demonio como para reconocerlo si me cruzo con él por la calle, me falta la costumbre de lidiar con su hocico sarnoso, pero no me cuesta creer que ande por ahí apestándolo todo. Esta angustia que me corroe por dentro no puede ser obra de nadie más.

Hasta Jacinta está callada. Las ovejas se mantienen a una distancia estudiada las unas de las otras. Aunque separadas, parece haber un hilo invisible que las une. Si fuese necesario, tal vez unos dedos gigantes pudiesen coger una y llevarse a todas las demás detrás. A la sombra, Francisco sostiene una pequeña rama, no tiene intención de hacer nada con ella. Debajo de otro árbol, Lúcia tiene una mirada grave, a veces la levanta, pero no puede aguantarla por mucho tiempo y vuelve a dejarla caer. Hay innumerables insectos, andan por las hojas y tallos de los arbustos, se agarran a los troncos de los olivos, habitan todos los niveles de la tierra. El ruido de esa multitud dispersa es una camada sobre todos los sonidos, como una superficie casi transparente sobre el gran ruido del mundo, mezclándose con él, puntitos de polvo. Hay gorriones, el viento pasa por las copas de los árboles y el sonido constante, permanente, que emana de la existencia inmensa de la tierra o del cielo. Es ahí, en ese trenzado, donde empieza a distinguirse un rumor. Se acerca paso a paso. Lúcia levanta el cuello, Jacinta la imita, Francisco se asusta. Ante tanta expectación, llega una mujer que desconocen y que no se presenta. Sus ojos muestran una especie de locura, se agarra a Jacinta. Sus peticiones para que cure a su hija y los gritos de la pequeña Jacinta, chillidos que perforan aquella hora. Lúcia tira de su prima, pero la mujer no quiere soltarla. Las ovejas se agitan con aquella lucha. Francisco, horrorizado, se levanta y ayuda a tirar de su hermana. Cuando, por fin, consiguen rescatarla,

Jacinta llora a un lado y la mujer llora al otro, las dos con la cara roja, pero solo la mujer completamente desesperada. ¿Quién es esa mujer?

Nadie lo sabe. Es, seguro, una mujer de otro pueblo, ha hecho un camino para llegar allí. Cuando los rebaños se separan delante de la casa de sus primos, Lúcia todavía está molesta, no consigue quitarse de la cabeza el rostro de aquella desconocida que la aterra. No es la primera mujer que va a buscarlos al campo o que pierde la moderación. En episodios así, Lúcia vuelve a asegurarse de que Jacinta es una niña. En otros momentos, por la forma como pone las cejas o por ciertas partes de su cuerpo, casi parece de su misma edad, que la puede tratar de tú a tú, pero después, en esos instantes, descubre en ella un llanto de suspiros tan hondos, una angustia tan grande, y vuelve a saber que tiene siete años cumplidos en marzo, la pobre. Se despiden sin palabras. Esta no será una tarde de juegos. Los primos siguen al rebaño en dirección al establo, Francisco intenta consolar a su hermana. Lúcia adelanta el paso para coger a las ovejas que van por delante. *Esperad ahí, canallas*. En la plazoleta, el cielo es enorme. Al entrar en la calle y empezar a bajar, Lúcia distingue a las personas que están a la puerta de su casa, encogidas bajo la sombra, todas se mueven cuando la ven. Lúcia inspira profundamente y se prepara.

Los rostros de las personas tienen palabras esperando.

Llamándola por su nombre o llamándola niña, gente que nunca había visto o vecinos que de repente se interesaban por ella, voces a un lado y a otro,

palabras sin sentido o que se juntaban en una amalgama y, así, cobran un sentido único: una enorme súplica que casi la aplasta. Lúcia siente que su madre le aprieta el brazo y la saca de bajo aquella lluvia de cuerpos, quejas, lamentos. Como si partiese lianas, arrancando raíces, Maria recupera a su hija, le da aire y claridad. A Lúcia la empuja por el hombro en el camino que habían tomado las ovejas, siguiendo hacia el corral. Maria frena a las mujeres, pone su cuerpo delante de sus voces e impaciencias. Lúcia se arrima a la pared, donde ya nadie la ve, su espalda se apoya en aquella superficie como si quisiera fundirse con ella, como si quisiera transformarse en pared. Desde allí oye a su madre convenciendo a las mujeres para que se marchen. Les dice que es el demonio. Les dice que no fue la Virgen quien se apareció a su hija, sino el demonio.

Cuando las hermanas llegan del campo ya ha empezado a anochecer. Exhausto, el día no ha aguantado más. En la cocina, la penumbra cobija a Lúcia. La huérfana va de aquí para allá, ocupada en tareas serias. Glória entra por la puerta con cara de preocupación; después, dos pasos atrás, entra Carolina. Lúcia levanta la cara, tiene una sonrisa para ella, pero su hermana no la ve.

(Los ojos no sirven solo para ver. Te quedas hasta altas horas gastándolos en estas páginas, después quéjate si te quedas bizco. ¿Cuántas veces te he dicho que no se juega con los ojos? Cuando te metas una capucha de esas de bolígrafo en un ojo y te quedes ciego, tal vez vengas a pedirme perdón. No me dará placer recordarte que te había avisado.)

Son negras las brisas que atraviesan la noche.

Las gallinas están tranquilas en sus posaderos. Las estrellas perforan el cielo, ojos que todo lo ven. La perra se quiere enredar entre los tobillos de Lúcia. La chica se agacha y empuja despacio ese bulto sin nombre, le hace ver que no es momento para arrumacos. De pie, ante la brisa fresca que atraviesa la copa de la higuera, Lúcia respira y coge una rama, suave en la mano, maleable. Elige una hoja gruesa, grande, madre de otras hojas.

Estoy muy cansada, hoja.

Todos lo estamos.

Creo que estoy más cansada que los demás.

Los que están realmente cansados siempre lo creen así.

Si te cuento un secreto, ¿prometes guardarlo?

Puedo intentarlo, pero no depende solo de mí.

¿Por qué?

Los secretos pasan por cualquier rendija, son más fluidos que el agua, más ligeros que el aire. Podemos hacer todo lo posible por guardar un secreto, pero acaba encontrando el método para evaporarse.

Pero ¿a quién se lo contarías, hoja?

No se lo contaría a nadie, pero podría dejar escapar un rastro de esa noticia en la savia y enseguida lo sabrían todas las hojas de esta higuera y, al día siguiente, lo sabrían todos los pájaros. Faltaría poco para que el mundo entero supiese tu secreto.

Nadie puede saberlo, hoja. Es un secreto. ¿Cómo puedo guardarlo de todos?

La única manera es no contárselo a nadie y esperar que no te lo quiten de

los ojos.

Estoy muy cansada, hoja, muy cansada.

Todos lo estamos, niña.

La sombra de Carolina llega de repente, manda a Lúcia ir a la puerta de la calle. A pesar de todas las peticiones de su madre, hay una mujer que no se marcha, exige hablar con la muchacha que ve a la Virgen. Lúcia sigue a su hermana por el corral, atraviesa la cocina sin que nadie la mire. Abre la puerta y se encuentra a la mujer desesperada que había visto en el campo. Se quedan la una delante de la otra, mirándose. El rostro de la mujer está ávido, intenta sorber cada instante. Los ojos tienen el color de la noche, los labios están bien dibujados. Le sale una hormiga de un agujero de la nariz, camina reconociendo la cara de la mujer, que sigue fija en el rostro de Lúcia. Después, del otro agujero de la nariz le sale otra hormiga, también desorientada. Y le salen más hormigas, más, hasta que se forman filas enteras de hormigas saliendo de sus orificios nasales, le cubren la cara, le cubren la barbilla, le cubren la frente, le cubren el rostro entero.

Lo pisotean todo. Maria se agobia y refunfuña. Su hija mayor le da la razón. Maria dos Anjos ha salido de casa para buscar unas hojas de laurel pero, tras recogerlas en la despensa de sus padres, ha acabado entreteniéndose con las quejas de la madre. Cansada, necesita que su hija mayor la escuche con amparo y comprensión. Maria dos Anjos lo sabe, tiene edad para ello. Son dos Marias, la hija ya a punto de llegar a entender a su madre.

Lo pisotean todo. No importa que tu padre haya plantado patatas o habas, esos brutos no tienen ojos para seguir una vereda.

En la víspera, mandó a su hija Carolina con un cesto que debería haber vuelto casi lleno de tomates maduros, perfumados por su rama firme. En vez de eso, cogió tres o cuatro con manchas de malos tratos y unos cuantos todavía verdes por falta de tiempo, agua y descanso. Para compensar, trajo también media docena de hojas de col, pero ¿para qué quería ella hojas de col? Maria dos Anjos le da siempre la razón a su madre, es consciente de lo que solían sacar de aquel terreno. Al final, no han pasado tantos años, para la hija parecen más, para la madre parecen menos, desde la última vez en que fue ella misma con la cesta en la mano, haciendo los mismos mandados. El padre solía cubrir aquella tierra con una sementera de patatas o maíz. Ese manto durmiente crecía despacio, sin necesitar grandes amaños. Tanto el padre como los trabajadores que llevaba con él podían dedicarse a las otras propiedades. La tía Teresa y su marido Anastácio apreciaban ese sistema. Podían achacársele al padre, António Abóbora, los vapores de la bebida y del

juego, pero no se le podía achacar que no llevase bien el campo. Nunca permitió que le faltase nada a su familia. Su hermana Teresa no dudaba de su seriedad y, por eso, le entregó las tierras para que las enderezase, lo que hizo siempre con buen beneficio. Además del sustento de las patatas y el maíz, siempre había rincones donde soltaba cebollas, nabos u hortalizas, que crecían según las reglas de la naturaleza. Es por todo esto por lo que la madre se agobia, refunfuña, y la hija le da la razón.

Y tu hermana no se desdice, y allá van, solos o en cuadrilla, pisoteándolo todo, sin respeto por el trabajo de tu padre y nuestro alimento. Si no quiere negarlo, por lo menos que empiece a ver a la Virgen en otro campo, no faltan por ahí los descampados.

La huérfana no sirve de compañía. Cuesta pasar la tarde en esta soledad. Maria se anima con el ruido que anuncia la llegada de la hija, las ovejas, las personas que estaban esperando y que empiezan a aullar su nombre, Lúcia, Lúcia, pero se viene abajo en cuanto la ve. La infecta el desánimo de su hija. A Maria le gustaría animarla, pero solo consigue ofrecerle un cubo y pedirle que vaya a recoger higos, la orden sale demasiado alta y severa. Entonces, se apoya en el umbral para ver a su hija alejándose a lo largo del corral, el cuerpo desvencijado de diez años, los hombros caídos, el cubo en el extremo del brazo, los pasos casi arrastrándose por la tierra.

10 ¹ Hay tierra de muchos colores y necesidades, no se puede dar el mismo destino a todos los terrenos.

² Como cualquier herramienta, también

³ Hay campos que solo conocen la abundancia después de esa labranza.

la tristeza tiene un uso propio.

Lúcia atraviesa el huerto con el cubo lleno, lo sostiene con las dos manos. Hace varias paradas. La madre coge el cubo, los higos están buenos, se les adivina el azúcar. Lúcia espera por unos instantes una nueva tarea, pero la madre le da la espalda, mimo maternal disfrazado de brusquedad. Es así como le autoriza que vaya a jugar. Al sentirla marcharse de la cocina, Maria se queda con sus pensamientos. Piensa en los motivos que llevaron a su hija a mencionar la lectura. Y recuerda cómo ella misma aprendió a leer y a escribir con la tía Isabel, la voz de la tía Isabel insistiendo en las consonantes. Era poco más pequeña que su hija cuando pasó por aquel suplicio. De tanto que podía haber puesto en boca de la Virgen, se persignó tres veces, ¿por qué se habría acordado de la lectura? ¿Qué falta le hacía?

(Tal vez porque escribes libros pareces convencido de que todo el mundo tiene que saber leer. No te creas, hay ignorancias mucho peores. Sé que es triste que estemos obligados a quedarnos fuera, sin autorización, como si quisieran hacernos ver que no valemos tanto como los demás. Conozco bien esa ofensa, créeme. Pero fíjate en tantas vidas como han prosperado sin una sola letra, fíjate también en cuántos saben leer y nunca llegan a pasar de imbéciles.)

No costaría encontrar a los que desafiaron a Antônio Abóbora a prestarse a hacerlo, pero no vale la pena entrar en ello. Al preguntarles, tenían que hacerse los tontos, negar cualquier papel en esa influencia: ¿quién?, ¿yo? Mientras tanto, lo que nadie puede desmentir es esta imagen del padre de Lúcia gritando, con la voz perdida, volviéndose a un lado y al otro, sin dirección, dañado por el mundo entero.

Es día trece, los caminos hacia el descampado han empezado a llenarse de madrugada. Hay gente, casi seguro, que se ha tomado el café y se ha puesto en camino: grupos de vecinos rezando en coro, *llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres*, o personas solas, mujeres y hombres que han salido solos de casa, pero que rápidamente han encontrado compañía en los caminos de tierra. Entre la multitud los había más relajados, hablando alto o mudos, callados, con ojos analíticos; y los había más píos, más serios. Entre estos iba Maria da Capelinha, acompañada por su marido, sus hijas y su hijo João, inválido. Ya en el descampado, el pueblo llenaba todo el espacio alrededor de aquel árbol en crecimiento, con las ramas atravesadas por cintas de colores y adornos y algo de brisa haciendo temblar las cintas. Se fueron juntando más y más personas, llegaban a decenas, añadiendo tumulto a la mezcla de voces.

Antônio Abóbora no consigue llegar a todos, sus gritos se disuelven en los metros de gente que se indigna a su alrededor. No aprueban sus modales, se sienten heridos por sus palabras, por su actitud, por los empujones que da a mujeres con más o menos edad, pero se sienten aún más heridos por la manera como repliega la lengua en la boca, por el olor a borracho, a sudor de taberna. El maíz, las patatas, dice. Está como loco intentando echar a la gente. Se encara con un mozo de otra aldea, se mete con él, le da un tirón de la camisa, quiere obligarlo a irse a la fuerza. En ese momento, para Antônio Abóbora, aquel chico son todos los que se han juntado; si consigue echarlo de allí, triunfará sin dudar. Por conmiseración, el chico lo evita, le vuelve la cara, intenta soltarse, pero Antônio no lo deja, a pesar de todos los que intentan disuadirlo. Entonces, de repente, el chico le da un empujón que hace caer al padre de Lúcia con un hombro sobre la tierra. Tarda en levantarse, humillado e infeliz.

Lúcia y sus primos no se dan cuenta de la agitación. A su alrededor hay un desorden aún más grande, gente que se desgañita gritando, manos que se estiran al máximo para tocarlos con la punta de los dedos y, después, cuando los alcanzan, deciden que quieren agarrarlos. Falta poco para el mediodía, viernes loco. Lúcia y sus primos sudan bajo aquella multitud, miles de personas, tres mil dice Maria da Capelinha, fuera de sí. Entonces, dos hombres robustos, pechos como maderos, abren un claro alrededor de los niños, fuerzan ese hueco. Tras respirar profundamente, los primos se arrodillan. Lúcia empieza a rezar el rosario, se difunde la calma. Corre una brisa extensa, acaricia todos los rostros. De pronto, Lúcia da la alerta, ha llegado la hora.

X

MARIA.

Lúcia se levanta en silencio, seria, pensativa. Enseguida, Jacinta da un salto. Francisco se incorpora con más pereza. Por detrás de los tres niños, hay voces sueltas que, en medio de la expectación, gritan que todavía ven a la Virgen, todavía la escuchan. Esas voces lanzadas al aire no son suficientes para acabar con la solemnidad del momento. Hay una paz de campo de batalla en el instante exacto en que acaba la batalla, paisaje de heridos y muertos, de vivos que comprueban que su cuerpo sigue entero, que aún no están seguros de haber sobrevivido.

Bueno, ahora ya no se ve, ya ha entrado en el cielo, ya se han cerrado las puertas.

Tras estas palabras de Lúcia, nadie sigue diciendo que ve a la Virgen.

Las mujeres que todavía no han tocado a los niños se lanzan a ellos. Otras lo hacen en dirección a la encina, arrancan ramas y puñados de hojas. Maria da Capelinha tiene un vozarrón, lo usa para imponer precaución. Las mujeres aceptan esa autoridad. Maria da Capelinha pide que cojan solo las ramas de abajo, las que no ha tocado la Virgen, y llama la atención sobre otros recuerdos que pueden ser igualmente prodigiosos. Dando ejemplo, ella misma coge la flor de una mata de romero que está a poca distancia de la encina, con bonitos colores. Cada tirón al árbol estremece el pequeño arco,

las cintas y el par de farolillos que Maria da Capelinha ha dejado como adornos.

Intentando contener a todos los que llenan los caminos, Maria da Capelinha sugiere rezar el rosario. Las hijas, el marido, el hijo inválido y algunas mujeres unen las manos; Lúcia y sus primos miran a todos lados, pero la mayor parte de las personas sigue abandonando el descampado. Hay una mujer que propone solo una letanía, después se rezará el rosario, hay tiempo. Pero la multitud se va deslizando por los caminos, se disuelve en la lejanía. En silencio, son cada vez menos los que todavía están alrededor del árbol, se miran entre ellos y, sin que sea necesario decir nada, ya no rezan más.

El cura reconoce que es lista, la trata casi como a un igual. Le habla en un tono muy diferente a aquel que usa en las homilías, eco, a aquel con que pide penitencias, susurro, a aquel con que les habla a todas las mujeres con la mirada baja, en sumisa ignorancia, repitiendo frases como: como el señor prior diga, el señor prior tiene estudios.

El cura no la cree.

Incluso en las frases más banales, que abordan menos el asunto, usa siempre una expresión de contacto con lo absurdo, de horror por lo absurdo. Cuando se refiere a dudas concretas, arruga el rostro.

Con tantas necesidades como hay en este mundo, ¿por qué habría de insistir la Virgen en el rosario? Y ¿por qué gastaría el poco e inestimable tiempo de una aparición salpicando a este o a aquel individuo con gracias casuales? ¿La curación de este, de su primo o de su vecino vale un instante del tiempo de la madre de Dios, concedora de los preceptos de la vida eterna e inmaculada?

Y hace una pausa retórica.

¿Por qué habría de venir la Virgen, infinita e universal, a este pequeño país? En un mundo con tantas necesidades, donde en tantos lugares la ignoran

y agreden, ¿por qué habría de venir la madre de Dios a este país y, pudiendo elegir libremente en el mapa, por qué exactamente aquí?

Hace otra pausa, espera la respuesta de Maria. Pero la madre de Lúcia se mantiene en silencio, está angustiada, como si le escurriese hiel por la garganta, hiel densa, espesa, ácida. Son las molestias de pasar a vieja, es la última lozanía que deja su cuerpo. Entre estos mareos, se despide de algo que no volverá más. Maria, madre de Lúcia y madre de ninguna otra hija futura, sabe que hay algo que la abandona. Sin interés, no ha escuchado una palabra de lo que le ha dicho el cura. Sea lo que sea, tiene menos importancia que la angustia fina que arrastra en su interior. Ahora, en silencio, no se da el trabajo de explicarle esa angustia. No vale la pena. El cura no sabe nada de muchas materias, son abundantes los asuntos que no pertenecen a su jurisdicción. Maria no reconoce que sea listo.

AGOSTO

11 ¹ No he creado palabras que
expliquen la música porque la verdad
reside en el misterio.
² La sabiduría más delicada es la que
distingue imágenes en lo invisible.
³ No he dejado huecos vacíos, en todos
sitios hay algo.
⁴ A donde quiera que dirijamos la
mirada, siempre hay un asunto: materia
o cuerpo, esperanza o música.
⁵ La visión no es exclusiva de los
virtuosos o de los que guardan las
leyes,
⁶ todos pueden usarla según su
necesidad,
⁷ pero solo los más sensatos podrán
apreciarla por completo.

⁸ Así dice la parábola: dos hermanos de
padre y madre;
⁹ mientras el pequeño imaginó que
plantaría vides, el mayor las plantó;
¹⁰ mientras el pequeño señaló los días y
las horas en que las regaría, el mayor
las regó;
¹¹ mientras el pequeño describió la
vendimia, el mayor vendimió;
¹² y mientras el pequeño imaginó el sabor
de aquellas uvas que plantaría, regaría
y vendimiaría, el mayor le dio un
racimo de las suyas.
¹³ El pequeño probó dos uvas y rechazó el
resto,
¹⁴ las suyas eran mucho más dulces.

Maria no sabe de dónde ha venido aquel periódico. Sabe quién lo ha traído, la mano que se lo dio: la hija mayor de la coja. Pero ni la coja ni sus hijos saben leer, no habrán sido ellos los que se han movido para comprar periódicos; por eso, la iniciativa ha debido de nacer de alguien que ha desencadenado todos esos gestos: comprar el periódico en un pueblo más grande, o en la ciudad, o estar suscrito, leerlo, entenderlo, directamente o a través de alguien, hacérselo llegar a la coja, que le ha pedido a su hija mayor que se lo diera a la madre de Lúcia.

Escondida en los recovecos del corral, Maria se pasa la mitad de la tarde leyendo y releendo aquella noticia, reflexionando sobre las palabras que están allí escritas y en el alcance de aquella historia que, como si no tuviera suficiente con mantenerle la puerta en un continuo trajín, ya ha llegado al otro lado de aquellas páginas, donde ni se atreve a imaginar. La descripción parece transformar lo sucedido: los harapientos que llenan los caminos aparecen mejor presentados, los aullidos de los rezos se afinan, los niños llenos de barro y de roña están aseados. Maria no sabe si es la forma de las letras, tan perfectas, la que realiza ese cambio, o si es la elección del vocabulario, dos docenas de palabras que desconoce y que le prestan esa hidalguía. Sabe que, así, al lado de las demás noticias, al lado de las personalidades que son mencionadas en las otras noticias, el grupo de gente

que compone aquellas líneas no tiene forma ni coherencia. Tienen sentido, están bien puestos, disfrazados con aquellas palabras, pero Maria sabe que no son de allí.

(No son las palabras las que distorsionan el mundo, es el miedo y la voluntad. Las palabras son cuerpos transparentes que esperan un color. El miedo es el recuerdo de un dolor del pasado. La voluntad es creer en un sueño del futuro. No son las palabras las que distorsionan el mundo, es la manera como entendemos el tiempo, somos nosotros.)

Ya después de que llegase Lúcia con las ovejas, casi cuando empezaba el fresco, después de que llegase Jacinta para jugar juntas, Maria pasa lo que queda de tarde decidiendo si deberá leer la noticia del periódico a su familia.

Cree con seguridad que lo mejor será no echar más leña al fuego, es mejor que se apague con el tiempo.

Inmediatamente cree con la misma seguridad que su hija debe saber la dimensión del jaleo que ha creado.

Cenan sopa de *abóbora*, de calabaza, mote del marido que no está, padre olvidado en la taberna. Además de la sopa, Maria ha cortado y asado medio chorizo para la cena de sus hijos. Manuel, educado, se queda el último.

Cuando las hijas, Glória y Lúcia, se pelean por una rebanada de pan, como si hubiera falta de pan, Glória vuelve a hablar de la gente y los animales que le están destrozando la huerta. Lúcia va a abrir la boca, tal vez quiera decir que no es culpa suya, pero la madre no la deja. Las manda callar y decide que, en cuanto quiten la mesa, les va a leer la noticia del periódico.

Las sillas arrastrándose.

Como ya ha leído la noticia muchas veces, la voz modula con facilidad las palabras. Pronuncia hasta las sílabas más escondidas. Va a buen ritmo pero, para que se entienda bien, afloja al final, cuando el artículo persiste en afirmar que las visiones de la Virgen tienen el propósito de conseguir estadías rentables, como en Lourdes. En este punto, Maria mira a su hija, esperando encontrar en su rostro una señal de indignación, pero Lúcia tiene diez años. Después de terminar, cuando le pregunta qué le ha parecido, la hija no quiere responder. Tal vez esté hablando con la mesa. Cuando la madre insiste, enfadada, voz imperativa, Lúcia empieza a lloriquear. La madre se irrita más, Lúcia solloza y dice que no es verdad.

¿Qué es lo que no es verdad?

La Virgen no se apareció a dos niños.

¿No?

No, se apareció a tres.

La madre vuelve a mirar el texto y, realmente, en las primeras líneas, aparece ese error: «aparecería el día trece del presente la madre de Jesucristo a dos niñitos».

Por el camino de tierra seca, caliente, piedras sueltas o medio enterradas, la burra anda despacio, lleva a Lúcia. Al lado, a pie, van el padre y el tío de Lúcia, Manuel Marto, padre de Jacinta y de Francisco, que se han quedado en casa. La burra elige dónde apoyar los cascos, tropieza muchas veces en el camino pedregoso, pero incluso cuando consigue encontrar trozos de tierra lisa entre tantos estorbos, el esqueleto de la burra se articula en diferentes direcciones, todos los huesos del cuerpo parecen moverse a cada paso. Agarrada a los arreos, Lúcia se balancea en esas andanzas, intenta mantener el equilibrio, no siempre lo consigue. Su padre ya la ha recogido dos veces del suelo. Los cascos de la burra se clavan en aquella tierra dura, levantan líneas de polvo. El sol cubre todas las superficies, intenta quemarlas, no se le escapa nada. Lúcia, pálida, agobiada, no por la agitación sino por el calor, le pide a su padre que la ayude a bajarse. Sobre una mata de retama, la chica vomita la taza de café con leche que se ha tomado antes de salir de casa. Las cigarras extienden su sonido por todo el paisaje, como una multitud de conciencias.

Las oficinas municipales están cerradas. Estudian el edificio desde varios ángulos, analizan y empujan varias puertas cerradas. Por fin, se oyen las voces del padre y del tío de Lúcia, los dos están de acuerdo en que las oficinas municipales están cerradas. Desde lo alto de la burra, Lúcia no puede distinguir esa conclusión de tres sílabas duras, el padre la agarra por debajo de los brazos y la deja protegida por la pequeña tira de sombra que, a aquella

hora, casi mediodía, se extiende a menos de un palmo de la pared. Con sus mejores ropas, desarreglada por el camino y el calor, Lúcia es una muñeca que solo tiene ojos. Las personas que cruzan la plazoleta no se fijan en ese grupo de dos hombres, una niña de diez años y una burra; pasa gente animada, sus voces parecen canturrear, se mueven con gusto aquel sábado. Lúcia lo observa todo. Los hombres no saben qué hacer. A la vez, se quitan la gorra y se limpian el sudor de la frente con pañuelos de sonarse. Desde un lugar misterioso, cielo o tierra, llega el estruendo de las campanas, a poca distancia. Esas campanadas, una a una, contadas hasta doce, se entretienen mucho tiempo en el pecho del padre y el tío de Lúcia, resuenan en su preocupación. Cuando se oye la última, queda un vacío que nadie consigue llenar inmediatamente. Pero el mundo continúa, la gente pasa de una punta a otra de la plaza. Los hombres, tras mucho debatir, enredados en su timidez, deciden preguntar a alguien cuándo abrirán las oficinas municipales. Es el padre de Lúcia, algo más despierto, quien se encarga de esa misión. No le pregunta al primero, ni al segundo, no le pregunta al tercero, Manuel Marto le toca la manga de la camisa, como dándole ánimos, pero tampoco le pregunta al cuarto; solo cuando pasa un viejo jorobado, el quinto, el padre de Lúcia se le acerca de repente y le pregunta. El hombre se recompone del susto, respira hondo y le explica que las oficinas municipales ya no están allí, los republicanos lo han cambiado todo, y les explica dónde están las nuevas, dibujando un mapa en la palma de la mano con la uña del dedo índice.

El sudor se enfría lentamente sobre la piel.

El administrador está enfadado, no le gusta esperar. ¿Dónde están los otros

niños? El padre de Jacinta y Francisco, mustio, mira al suelo, susurrando medias palabras. Lúcia aprovecha el fresco de la sombra, casa de paredes gruesas, y se sorprende con esta situación inédita. Aguantando el chaparrón, el tío y el padre sostienen la gorra entre las manos, conformes con el torrente de palabras que el administrador les echa encima. A veces, reaccionando a preguntas que solo tienen una respuesta, en coro, llenando el silencio, dicen: sí, señor administrador. O: no, señor administrador. Entonces, Lúcia no entiende cuando, en un segundo, el administrador la señala y empieza a hablar. Visible de repente, la niña se inhibe con la conversación de aquel hombre con bigote bien arreglado y que, incluso a más de un metro, huele a anís. Como el cura en la sacristía, pero con menos paciencia, el administrador repite preguntas que ya le han hecho muchas veces. En aquella sala de maderas antiguas y suelo encerado, hay una mujer que no mira a nadie, solo escribe dictados en hojas de papel; está el padre de Lúcia, su tío, el administrador del municipio y dos hombres más que, por curiosidad u oficio, también prestan atención a cada palabra o silbido. Poco después, el administrador dice que así no puede ser, no tienen condiciones para hacer el interrogatorio como es debido. Y, ya en otro tono, antes de devolverlos a lo que les queda de sábado, todavía le pregunta al padre de Lúcia si se cree esos cuentos sobrenaturales.

No, señor administrador, todo eso son cosas de mujeres.

12 ¹ Habrá días en que serás
transportado por el propio tiempo,
² desconfía de esa falta de esfuerzo.
³ Vivir es un trabajo.
⁴ Tus ojos han sido hechos para atravesar
lo invisible.
⁵ De otro modo, quedarían presos en
todas las capas que dan forma a los
objetos;
⁶ pero, si sabes sumar y restar, nada de
este mundo estará velado a tus ojos,
⁷ ningún muro será lo suficientemente
opaco para detenerlos,
⁸ nada invisible será lo suficientemente
fino para que no lo vean.
⁹ Cree en tus ojos con la misma fuerza
con que crees lo que ven tus ojos.
¹⁰ Y responde al mundo que recibe tu
mirada y la moldea.
¹¹ Sí, tu mirada es también un material,
¹² la erosión o las manos de otros podrán
tallarla de acuerdo con lo que saben y
lo que no saben, lo que esperan y lo
que pueden imaginar.

¹³ El único poder que tendrás sobre esas
esculturas será la ventaja de responder,
no con palabras o gestos, sino con
libertad;
¹⁴ responde siempre con libertad.
¹⁵ Será a través de los ojos como pasarás
a tus hijos todo lo que sabes.
¹⁶ Poco valor se le dará a las lecciones
que, con vana convicción, te atrevas a
dedicarles.
¹⁷ No podrás enseñar más de lo que sabes;
¹⁸ lo que sepas será en lo que creas;
¹⁹ lo que creas existirá dentro de ti,
²⁰ tendrá la forma de un misterio que
nunca entenderás por completo
²¹ y, sin embargo, tus hijos lo recibirán,
de modo puro e inalterado, a través de
tus ojos.
²² Quieras o no, así será.
²³ Los ojos no permiten la mentira.

En la oscuridad repentina, Lúcia, Jacinta y Francisco tienen las cabezas juntas. A Lúcia le molestan la tibieza y la impaciencia del aliento de Jacinta, pero sigue callada. No habla ninguno de los primos, solo se oye el paso de la carreta por la tierra, el rechinar de la madera y los muelles, el buenos días que las personas sueltan desde la cuneta y que puede o no tener respuesta. Hay un olor de otro tiempo, la mañana está ahora lejos, los pájaros en el cielo están ahora lejos. La espera suspende la velocidad habitual de los minutos. Los niños aprecian esta sombra que les devuelve el descanso. El tejido de la manta no es áspero, la luz del sol aparece en medio de su entramado. Incluso así, cuando el administrador tira de la manta que los cubre, Lúcia, Jacinta y Francisco se deslumbran, los ojos se les ponen pequeñitos. A esta hora el sol pega fuerte. De nuevo, el olor quemado de la mañana. La carreta sigue su camino, los árboles huyen en sentido contrario. Las sacudidas de los baches vuelven a complicarse: cuando las ruedas de la carreta llegan a una piedra alta solo saben subirse encima, siguiendo el perfil de sus ángulos. Aun así, Lúcia sabe que la carreta es mucho más ligera que la burra, el asiento de madera es más cómodo que las alforjas. No hay nada que preocupe al hombre que lleva los caballos, que los dirige con la punta de las reatas; es el propio administrador del municipio el que va siempre con el cuello estirado, mirando a la lejanía, donde nace el horizonte. Cuando distingue a alguien al fondo, tapa enseguida a los niños con la manta. Esa gente sigue el sentido de

los árboles, al contrario que la carreta del administrador, van al descampado, a la encina de la Virgen. Hoy es el día.

Lúcia, Jacinta y Francisco son conscientes de que hoy es el día, pero ahora la sorpresa es más grande que cualquier otra idea. Desde su timidez, miran alrededor, asombrándose con todo. En la casa del administrador hay muebles que podrían compararse con la riqueza del altar de ciertas iglesias, hay objetos brillantes en las vitrinas, hay pinturas enmarcadas que miran a los huéspedes con rictus serio, las cortinas son altas delante de los ventanales, las paredes de ciertas habitaciones tienen dibujos muy delicados e incluso los techos, blancos de nieve, tienen figuras de escayola. Los niños se encogen bajo tanto fausto. Se entiende en el rostro de Jacinta que está deseando hablar, pero ni siquiera cuando el administrador los deja solos en un salón, sentados en sillones, se atreve a suspirar. Francisco se siente imposibilitado hasta de sus funciones elementales: abrir los ojos, respirar. Como sus primos, tampoco Lúcia sabe lo que la espera, pero no se priva de admirar los detalles y las maravillas del lustre. *¿Por qué brillas?* El techo refleja la luz que centellea despacio en la punta de los colgantes, claridad limpia que atraviesa el cristal en múltiples direcciones, como el agua del río salpicada por el amanecer, agua fresca, promesa de buen tiempo. Llegan ruidos sencillos de la calle, confirmaciones de un mundo sereno. En el interior de la casa, solo el silencio de muebles que crepitan en la distancia. Lúcia sigue observando la lámpara: un árbol al revés, que nace del techo, copa invertida, hojas de cristal. En medio de un pensamiento, los colgantes se sueltan, caen en cascada. Esta lluvia no añade asombro al rostro inmóvil de Lúcia. Hay una lógica en este torrente de brillo, en este movimiento, tempestad, y los

colgantes no tienen fin, la lámpara no tiene fin, se derrama por entero, sin fin, en el centro del salón.

No es por no haber visto nunca carne y patatas por lo que los muchachos están apocados, es por los cubiertos, por la loza, por el mantel, por las servilletas, por las sillas tapizadas, por los hijos del administrador que sostienen tenedor y cuchillo, por la señora que entra con bandejas o cestos de pan en rebanadas, por la esposa del administrador que los mira con preocupación. En el silencio de que nadie haya dado las gracias por aquella comida, Lúcia levanta las manos del regazo. Todos los que están a la mesa sienten ese movimiento. Coge los cubiertos, pesan más de lo que creía. Clava el tenedor en una patata pequeña, la levanta, está en medio de ese gesto, no puede volver atrás, deja la patata en la boca, la mastica despacio, la aplasta con los dientes. Sus movimientos se ajustan al ritmo del administrador, de la esposa y de los hijos del administrador. Pasan unos segundos, Jacinta también empieza a comer. Francisco no aguanta quedarse solo, también empieza a comer.

Todo está limpio como si fuese nuevo.

En la habitación de la hija del administrador, el sol se perfuma al entrar por la ventana. Cuando Lúcia y Jacinta dan el primer paso dentro de la habitación, Francisco ya ha llegado al jardín, conducido por el chico, juegan con cuerdas y peonzas. Antes, al apartarse, empujado, Francisco dirigió una mirada temerosa a su hermana, pero ella no lo sintió. Jacinta estaba embelesada con

sus compañeras, sigue como hechizada. Tres niñas, son tres niñas. Lúcia y Jacinta van juntas, felizmente sorprendidas, esperando órdenes. Siguen a la hija del administrador y llegan hasta una muñeca de porcelana. Jacinta casi no contiene las ganas de tocarle los encajes del vestido o el pelo. Lúcia se fija en los ojos pintados. *Hola, te estaba esperando.* A poca distancia hay un horno y cazuelas de aluminio, pequeñas y graciosas. Se acercan los pasos de la esposa del administrador. Sube las escaleras, camina por el pasillo, entra en la habitación. Su sonrisa llama a las niñas. Saca algo de la balda más alta del armario, Lúcia y Jacinta no saben qué es. Cuando deja ese objeto en la camilla, usando las dos manos y todo su cuidado, las primas se inclinan ligeramente para verlo mejor. Es un carrusel. La mujer le da cuerda y, por unos instantes prodigiosos, las niñas observan cómo unos pequeños muñecos de latón, rostros pintados con pinceles finos, dan vueltas en pequeños caballos. En cuanto termina, la mujer vuelve a darle cuerda al carrusel y, con el mismo asombro, las niñas observan de nuevo aquella maravilla.

(Ya tenía yo más de trece años cuando tu abuela me compró por primera vez una muñeca. Mis hermanas mayores no me lo perdonaron nunca, hervían de envidia porque ellas nunca habían tenido ninguna. La muñeca se quedaba encerrada en un armario y tu abuela solo me dejaba verla en días señalados. Las pocas veces que pude tenerla en mi regazo, sentí un amor maternal por aquella muñeca. Ese era el tamaño del cariño que sentía por ella. Pero tú no sabes de lo que estoy hablando. Cuando eras pequeño, rompías todos los juguetes que te compraba. No eras capaz de sentir cariño por nada.)

La sombra de los árboles del jardín es antigua.

Cuando la esposa del administrador llama a los niños para merendar, todos salen de sus escondrijos. Como si la tensión abandonase sus músculos, Francisco deja de buscar, ya no le hace falta. Lúcia se levanta detrás de un seto de boj, el olor de la savia, el rastro de la tijera afilada que lo moldeó. La voz de la mujer todavía permanece en esta hora fresca, se prolonga en su rostro liso. Como suspendida en el aire, sostiene una jarra de limonada y espera a los niños. Con pasos que no tienen prisa, solo certeza, Lúcia avanza en línea recta y, a medida que el perfil de la esposa del administrador se vuelve claro, imagina cómo sería si tuviese una madre así.

Marcando la cadencia, Maria da Capelinha camina por una orilla del camino delante de un montón de gente audaz, mujeres con pañuelos bien atados en la cabeza, hombres de piel curtida, sus propios hijos en medio de ese pueblo, João con el cayado protegiéndole los pasos del lado izquierdo. Parece preocupada por algo, aspira a la perfección. Tal vez por eso, no reconoce al administrador del municipio cuando pasa en la carreta. Ensimismada en sus pensamientos, tiene la cabeza en otros asuntos. Cuando la carreta apareció en el horizonte, Maria da Capelinha soltó un aviso para que todos se echasen a la cuneta, para que tuviesen cuidado con los niños. Tuvo esa precaución, pero no creyó que mereciese la pena fijarse en quién iba en aquel carruaje. Su interés está en la dirección opuesta, la encina queda al otro lado. Del paso de la carreta solo queda el sabor seco a tierra, queda la nube de polvo fino que se pega al rostro sudado, es necesario cerrar los ojos, tapárselos con la mano; el polvo fino le entra por la boca, le cubre la lengua.

Tal vez el calor que emana de la tierra sea una de las formas que tiene la tierra de expresarse.

El descampado parece aumentar para acoger a tanta gente. La encina parece encoger en medio de tanta gente. Maria da Capelinha protege el árbol de

aquellos que sueñan con acercarse a su obra: en el último mes, arrancó retamas, hierbas de todo tipo, despejó un terreno alrededor del pequeño tronco, lo limpió de piedras, lo preparó. Le describe ese trabajo al hombre que ha descargado una mesa del carromato, que la ha levantado en el aire, que ha atravesado el campo con ella, la gente apartándose a su paso, y la ha dejado exactamente donde se lo ha pedido Maria da Capelinha. Es objeto de largos agradecimientos, que sea por la Virgen, que la Virgen le ayude en todo y, hasta que el hombre se vuelve de espaldas, Maria da Capelinha se queja de todo tipo de achaques, enfermedades, problemas y sufrimientos.

Bajo el zumbido de oraciones cercanas o distantes, hay quien consigue encontrar una sombra para sacar la merienda. Unos tienen más, otros tienen menos. Unos mejor, otros peor. Cada uno se come lo suyo.

De nuestra muerte, amén. Dios te salve, María, llena eres de gracia.

Maria da Capelinha tiene buen ojo para los números. Quince mil, por lo menos quince mil personas, dice. Nadie la oye. Alrededor de la encina hay demasiados codos, voces entonando avemarías encadenadas, parece que van a pararse en el amén dicho con voluntad colectiva, pero siguen siempre, son personas que respiran poco.

¿Dónde están los chicos?

Como viento que barre el pasto, la duda corre por los grupos que forman la

multitud que se extiende por los campos, es un susurro sin nombre y sin rostro que resuena entre las charlas y cánticos. En un instante, mezclado con los gritos sueltos de los desesperados, ese incendio se aviva en las voces y se propaga hasta tomar las conversaciones, hasta deshacer los cánticos. De repente, todo el mundo quiere saber dónde están los niños.

Se han llevado a los niños, han cogido a los niños.

Las palabras han dejado de tener quien las diga. Las palabras andan solas, llevan una certeza, la conducen de rostro en rostro.

Hay gente que se indigna y hay gente que lanza improperios. En voz alta, maldicen al prior, al regidor, al administrador. Han perdido el miedo y berrean contra toda autoridad. Han descubierto una nueva fuerza y no están dispuestos a prescindir de ella, les parece que siempre la han tenido. Han olvidado todas las veces en que no tuvieron razón.

Maria da Capelinha se asusta. Cuando empieza a producirse aquel desorden, tira de los atillos de la bolsa de tela de la merienda y la llena con los puñados de monedas que, mientras tanto, casi cubren el tablero de la mesa que ha conseguido. Tras recoger hasta la última moneda, y otra que estaba en la tierra, Maria da Capelinha hace un lazo en los atillos de la bolsa, la abraza y se queda quieta delante de la encina, frente a la multitud desaliñada. En ese momento, Maria da Capelinha cree que está dispuesta a morir por el árbol.

La voz del administrador como plomo; la voz de Lúcia desvaneciéndose.

He oído hablar de un secreto. ¿Qué secreto es ese?

No hay ningún secreto, señor.

¿Por qué no lo puedes contar?

No es eso.

¿Sabes qué son las leyes?

Sí, señor.

¿Sabes lo que les pasa a los que no tienen en cuenta las leyes?

Lúcia conoce aquella sala, pero nota ciertas diferencias: la ausencia de su padre y de su tío, la presencia nerviosa de Jacinta y de Francisco. Así, casi parece otra sala, a pesar de los mismos muebles austeros, la misma penumbra, la misma mujer tomando apuntes de cada palabra.

¿No me oyes? ¿Sabes lo que les pasa a los que no tienen en cuenta las leyes?

Lúcia empieza a llorar. No por la antipatía del administrador del municipio, no por las miradas de todos, que la sofocan, sino porque está exhausta. Cree que no puede más.

13

¹ Todas las leyes se ramifican a partir de una única ley,

² esa es la ley más importante de las

⁷ Todo siempre, nada nunca.

⁸ Guardo ese nombre sin tener que nombrarlo:

⁹ cuando llegue la hora, serás capaz de

leyes, ese es el fundamento.	identificarlo en tus certezas.
³ Todas las palabras que existen derivan de esa verdad, la sirven,	¹⁰ Esa es la razón.
⁴ todas intentan expresarla.	¹¹ Siguiendo esa ley, creé el mundo, la puse en todo lo que hice bien.
⁵ Juntas, sobrepuestas, las leyes y las palabras forman una montaña:	
⁶ esa montaña es esa verdad.	

(Nadie aprende a tocar la guitarra sin hacerse daño en la punta de los dedos. Si yo me hubiese convencido de que no podía más, te habrías quedado por nacer. A veces, el cansancio es una forma de miedo.)

Al atardecer de aquel miércoles, día de la asunción de la Virgen, todos van en silencio. Esta vez, el administrador no ha querido hacer el viaje, tres leguas machacándole la espalda. Ha mandado al oficial traer a los niños. Las sacudidas de la carreta hacen balancearse a Lúcia, pero su cuerpo recupera enseguida la posición. En el interior de su rostro, lleva recuerdos de dos noches en casa del administrador, el olor de las sábanas, la paz, la esposa del administrador ajustándole la ropa de cama sobre los hombros. *Buenas noches, que descanses.*

No les cuesta encontrar seis piedras entre la tierra del atrio. En el balcón de la casa del prior, Lúcia y Jacinta se entretienen con el juego de las piedras. Francisco tiene las manos dentro de los bolsillos, la mirada fija en la luz de esta hora, como si fuese su propia mirada la que atardeciese. El oficial del administrador está sentado en la carreta, esperando al cura, quiere dejar a los niños entregados. La iglesia tiene la puerta abierta. La misa está casi llegando

a su fin, libera un túnel de luz que se aplanan en el suelo, libera también las voces de un grupo de personas que no saben cantar, gente que canta como si estuviera lamentándose de una desgracia. Fuera, durante ese tiempo, no hay novedades, pasan perros indiferentes, sombras melancólicas. El desasosiego empieza cuando salen de misa los primeros. Llenan el atrio con un descontento que no tiene dirección y que solo termina cuando llega el cura y los manda callar.

Esperó al sábado. La gente se sorprendía al verla entrar en la iglesia, es gente que se sorprende con poca cosa. Maria da Capelinha salió con una idea, ha hecho el camino sin prisas. Se arrodilla con devoción, se levanta con devoción, canta sin mirar el misal. Maria da Capelinha tiene el rosario enrollado en la mano, lo aprieta. Al tocarlo, entre las cuentas, la palma de las manos y los dedos, hay una sensibilidad fervorosa. Cuando llega el momento, se dirige al centro de la iglesia y se pone en la fila de la comunión. El prior no altera la voz ni el gesto cuando le pone la hostia sobre la lengua. Antes de salir, todo el mundo se fija en la dádiva que deja en la hucha de las limosnas.

En la calle, ve a Antônio Abóbora en un grupo de hombres. Primero avanza con miedo; después, dándose cuenta de que está sobrio, da los pasos que faltan, lo saluda y se lo lleva a un lado. Los demás se quedan mirándolos, algunos susurran comentarios estúpidos. Maria da Capelinha quiere hablarle de la encina y del terreno, quiere autorización para poder preparar aquel suelo a su manera. El padre de Lúcia, molesto, le dice que, por respeto a la situación, todavía no ha tocado nada de lo que ella dejó allí, pero le asegura que no quiere que su campo se convierta en un vertedero, no le interesa montar puestos de ningún tipo. También le dice que renuncia al dinero, poco o mucho, que ella recogió. Maria da Capelinha no le responde, sigue

mirándolo, imperturbable, y piensa que hace bien en no querer el dinero, nadie se lo estaba ofreciendo.

Cuando Lúcia levanta la piedra, la lombriz no reacciona, parece dormida en su brillo húmedo. Solo se mete en la tierra cuando siente la luz o la temperatura. Pero su cuerpo es demasiado largo, Lúcia tira la piedra a otro lado y consigue agarrarla por una punta. La lombriz se retuerce entre sus dedos. Lúcia la levanta a la altura de los ojos.

¿Por qué me miras así, niña?

Prefiero no responderte.

¿Qué quieres de mí?

Prefiero no hablar contigo.

Maria da Capelinha espera con paciencia en un extremo del corral. Lúcia oye que la llaman y se acerca al reconocerla, recuerda el celo con que siempre se preocupó de ella. La tarde es incandescente. Maria da Capelinha exagera ciertos detalles al contarle lo que pasó el día trece, en ausencia de Lúcia, mientras la retenía a la fuerza el administrador, coaccionada. Le habló de miles de personas, gente, gente, gente. Le explicó que, en cierto momento, vino la Virgen anunciada por el trueno, por el relámpago y, finalmente, llegó flotando la nube luminosa. Cuando vio que no estaba Lúcia, rápidamente, se marchó por el mismo camino.

Lúcia no se perturba con esta descripción.

Necesito que le hables del dinero. Pregúntale qué quiere que hagamos con

el dinero. ¿Cuándo vas a volver a verla?

La chica se encoge y, con una voz que casi no le sale del cuerpo, dice que prefiere no hacerlo. Maria da Capelinha se estremece.

(Es fácil que prefieras no escribir, pero ¿sabes cuántos ojos están esperando que sigas? Es tarde para esos escrúpulos. Has llegado hasta aquí, has traído a toda esta gente contigo. Ahora no puedes fingir que estas páginas han sido un equívoco, que no las has escrito y que esta gente no ha gastado su tiempo y su confianza en leerlas.)

Algunos han salido de casa cuando la madrugada aún no se adivinaba, personas con dificultades de movilidad, incapacitadas. Si les pidieran que fuesen tan lejos por cualquier otro motivo, lo más seguro sería que se negasen, hasta tal punto están mermadas sus capacidades. Y han sido esos mismos los que, por ti, por la esperanza que les has dado, se han echado al camino, sin importarles la distancia, sabe Dios con qué esfuerzo. ¿Qué será de ellos si se quedan sin esta posibilidad? Ahora es tu causa la que los mantiene, Lúcia, es tu mirada la que sostiene sus vidas, son miles de almas las que dependen de ti. No te puedo ocultar la verdad: este ya no es tiempo de dudas, ese tiempo ha acabado.

(¿Cómo sería si hubiera preferido no crearte? ¿Cómo sería si hubiera preferido no parirte? Te equivocas si piensas que hay posibilidad de elegir, si te convences de que estás en un cruce y puedes ir en una u otra dirección.

Aprende: en la vida no hay cómo parar o retroceder. La paciencia que estas personas han tenido contigo no se les puede devolver.)

Por todos los que tienen aún más necesidades que yo, no por mí, te pido compasión, ternura y respeto. Incluso sin estar aquí, son miles los que alzan sus rostros para escucharte. Tu gracia es luz preciosa que los orienta. Si dejas que se caigan, esa caída acabará aplastándote.

(Termina lo que has hecho que exista, no me decepciones más. Letra a letra tendrás palabras; palabra a palabra tendrás las páginas que necesitas para la conclusión que todos esperan y merecen. Aquí, ahora, no se trata de lo que prefieres o dejas de preferir.)

Te lo pido, sé consciente. Son muchos, tantos como las estrellas, los que dependen de tu respuesta. Si eliges la muerte, tendrás que soportarla el resto de tus días. ¿Podrás aguantar ese peso?

Cuando la madre de Lúcia se asoma a la puerta del corral y la ve con Maria da Capelinha, no dice nada. Va directa hacia su hija, la agarra por la muñeca y se la lleva a casa.

Como estuvo en misa, igual de circunspecta, el mismo silencio, así está Lúcia delante del rebaño. Las ovejas están distraídas con el pasto. Muchas conocen su primer verano, creen que el tiempo será siempre así, sufrirán una gran sorpresa en otoño. Jacinta analiza con detalle una flor silvestre, sus ojos amplían una mota de color que coge entre el índice y el pulgar. Los sonidos son pocos y naturales, el cielo es inmenso, profundo. La perra se tumba panza arriba, mimosa, disfrutando las caricias de Francisco.

Lúcia, ¿en qué estás pensando?

Tal vez por ser domingo, la mañana no quiere acabar. Libre del rebaño que ha dejado en el establo, Lúcia entra en casa de sus primos. Amablemente, su tía le explica que Jacinta solo podrá ir a jugar más tarde; la tiene que despiojar. La pequeña no protesta, quiere irse con su prima, pero agradece el alivio, está harta de picores, tiene la cabeza llena de heridas, de tanto rascarse. A todas horas siente los piojos que saltan entre sus pelos, acelerados o lentos, atletas de patas ligeras o perezosos con la barriga llena; unos y otros dejándole hileras de liendres como collares de perlas. Lúcia no insiste, le pone una expresión gris a su desagrado y sale, seguida por dos primos, Francisco y João, el mayor.

Es el propio João el que regresa jadeante, aún no ha pasado media hora. Jacinta tiene la cabeza en el regazo de su madre, el pelo suelto. La madre le rebusca encima de una oreja. Antes, además de los pequeños sonidos, del gran silencio, solo se oía el gusto con que la madre cazaba cada piojo y, enseguida, el estallido de ese cuerpo al reventar, aplastado entre las uñas de los pulgares. Jacinta y su madre se asustan al ver entrar a João. El chico se para, su aliento sigue corriendo.

Déjela venir, madre, que la necesitamos.

La necesitamos, ¿para qué? ¿No me dirás que...?

Es que Lúcia ya ha visto en los astros señales de que la Virgen se va a aparecer y quiere a Jacinta allí corriendo.

Por dos veces, la niña tiene que apoyar la palma de la mano en muros encalados. Pero, al primer pensamiento, ya está de nuevo corriendo. Hace un calor de brasero. Lúcia y Francisco no están delante de la encina, con las cintas y los adornos de Maria da Capelinha, no hay nadie con ellos, están solos y arrodillados a la sombra, en otro terreno adonde algunas veces llevan los rebaños. Al acercarse, João quiere que su hermana lo oiga.

¿Ves algo? ¿Ves algo?

Pero Jacinta, sudorosa e indiferente, no le responde. Se arrodilla junto a Lúcia y Francisco. Ha llegado justo a tiempo.

(Aquí estoy. Visible o invisible, aquí estoy. Con los errores que no te he contado, con los defectos que he podido esconder, aquí estoy. Mejor este misterio que esa idea imposible que ves en mí. La perfección que me impusiste ha despreciado mis necesidades. Me has robado la lascivia, el placer, me has absuelto de todos los crímenes, hasta de los que me enorgullezco de haber cometido. ¿Quieres que te esté agradecida por haberme privado de ser plena? No soy esa voz, distorsión de dudas y miedos. No soy ese silencio, esa ausencia proporcional a la distancia que te separa de mí. Sí, te tuve en mi regazo, te consolé cuando llorabas, supe alimentarte con mi propio cuerpo, ¿merezco castigo por haberte conocido frágil y por haberte cuidado? En mi vida he hecho mucho más. No faltan lugares donde he estado y tú no, no faltan edades que te excluyen. Ahora mismo, sigo existiendo cuando no te acuerdas de mí y, hasta cuando paso a tu lado en el salón o cuando estoy sentada junto a ti, solo yo sé lo que pienso. Visible o invisible, soy un misterio que siempre te resultará inalcanzable y, sin embargo, esta ironía: aquí, en estas páginas, solo puedo ser aquella que seas capaz de escribir, que seas capaz de ver.)

X

Has hecho lo correcto. Este no es momento de preferir o dejar de preferir. Cada uno, hasta el más humilde, tiene que cumplir lo que se espera de él. Eres una buena niña.

Y Maria da Capelinha le acaricia la cara a Lúcia.

Pero, cuéntame, ¿qué quiere la Virgen que hagamos con el dinero?

Lúcia acaba de llegar. Ha venido a ver a Maria da Capelinha, sabiendo que la encontraría alrededor de la encina. Ha dejado a sus primos con el rebaño y ha hecho el camino con ese fin.

La Virgen ha pedido que hagamos dos andas: una la llevamos Jacinta, otras dos niñas y yo, vestidas de blanco; la segunda la llevarán Francisco y tres niños, también de blanco.

¿Solo eso?

También ha dicho que el dinero de las andas es para la fiesta de Nuestra Señora del Rosario.

¿Solo eso?

Sí, creo que sí.

Pero ¿no te da pena que ese dinero no sirva para levantar aquí una capilla bonita? Piénsalo bien: una capilla bonita.

La Virgen lo ha mandado así, tenemos que hacer lo que ella diga.

Lúcia, cuando vuelva la Virgen, el día trece de septiembre, pídele una capilla, ¿vale?

SEPTIEMBRE

Menos mal que estás aquí. Sin ti, este momento no tendría sentido o tendría un sentido diferente y, de esa manera, este momento, todo él, sería diferente. Sin ti, este momento no existiría.

También te estoy agradecida, niña. Me has dado un instante de calma. Desde que vivo según la voluntad de brisas y vientos es raro que tenga descanso de esa indecisión.

No me lo agradezcas. Me gustaría darte una vida entera de tranquilidad, pero nadie puede dar lo que no tiene.

Sí, niña, lo entiendo.

Además, si te llevara conmigo, no sería vida lo que te diese. Con todos sus percances y trastornos, vivir es continuar.

Sí, es verdad, niña. Vivir es continuar.

Lúcia pone la pluma sobre la palma de la mano. Deja la mano abierta, a poca distancia del rostro. Se despide en silencio, no hay nada más que pueda decir. Una brisa se lleva la pluma al mismo cielo de donde vino, sobre esta hora de la tarde, sobre el corral. Sentada en las losas del pozo, Lúcia sigue la pluma con la mirada hasta que no puede distinguirla.

¿De qué quieren hablar las ramas de los olivos?

Lúcia no se sorprende cuando ve a tres niños bajando el camino del corral y acercándose. Son dos chicas y un chico que, incluso a distancia, reconoce fácilmente. En las últimas semanas, en los últimos meses, Lúcia juega cada vez menos con otros niños. La gente que llega de madrugada y que solo se marcha de la puerta de su casa ya entrada la noche intimida a los niños, los asustan tanto con sus gritos como con su silencio. Las raras veces que aparece alguno, la madre de Lúcia le prohíbe entrar. Con razón, desconfía de que los manden las madres o las abuelas, para pedir algo. Sin embargo, hoy, ha sido la propia madre de Lúcia la que, casi susurrando, en un tono que no es habitual en ella, ha mandado a la huérfana a buscar a aquellos tres niños. Son tres hermanos que viven al final de la calle. Una de las chicas es de la edad de Lúcia, quizá un año menos, como mucho; los otros dos son más pequeños, tendrán unos seis o siete años. A Maria le duele ver a su hija tan desanimada. A nadie le preocupa más la escena de la encina que a ella. En sus oraciones, todos los días le pide perdón a la Virgen y suplica a Cristo que acabe con esta historia. Pero le cuesta ver a su hija sin fuerza en la voz, obediente por apatía. Lúcia mira a los tres niños caminando, esquivos, pasos desganados, y no se imagina que ha sido su madre quien los ha mandado llamar. Aun así, no le sorprende verlos. Lúcia cada vez se sorprende con menos cosas.

A una distancia nada normal, artificial, tres metros casi exactos, los hermanos se quedan sin palabras, apocados, parece que se les han olvidado las muchas veces que han jugado con Lúcia. Como si también se les hubieran olvidado esas ocasiones en que les hizo poco caso, pequeños e irritantes, Lúcia se levanta y sonrío. La chica mayor, por obligación, le pregunta si quiere jugar. Lúcia aprovecha para tomar la palabra: empieza enumerando posibilidades

para cuatro jugadores, pero va cambiando de tema, conquistando poco a poco una confianza que reconoce en pequeñas señales de los niños. Tras ese extenso monólogo, se produce un silencio que desgasta y, por eso, la mayor dice algo vago, una especie de puntos suspensivos. Es el chico, pequeño, descarado, libre, lacónico, quien le pregunta sobre la Virgen.

Los tallos de las coles están hechos de leña ruda.

Maria oye órdenes y dudas en sus pensamientos, pasa junto a la huérfana sin sentirla. Todavía falta mucho para que lleguen sus hijas del campo, para que llegue Manuel, oliendo a tierra y sudor. En el fresco de la cocina, entre sombras, hay trozos de palabras, atraviesan los agujeros de la puerta vieja o las paredes, ladrillos y cal. Son las voces de las personas que están en la calle. Maria se harta de ese murmullo sucesivo, viento susurrado y asesino que envuelve la casa. Buscando tranquilidad, sale al corral. Camina hasta las últimas coles, no porque necesite esas hojas específicas, la sopa también se hace con las que tiene más cerca, sino porque quiere observar a Lúcia, quiere asegurarse de que está mejor. Por esa razón va despacio entre las coles, pisando donde no hay hierbas secas. En medio de ese silencio, empieza a oír la voz infantil de su hija. No entiende lo que está pasando: los tres hijos de la vecina están arrodillados delante de Lúcia, que se ha desatado el pañuelo y se lo ha puesto como si fuera un velo, sobre el pelo. Entonces lo entiende: su hija está fingiendo que es la Virgen.

Cuando ve a su madre, el pánico desfigura a Lúcia. En ese mismo instante, la

tierra se abre ante los pies de la madre, toda la distancia de una grieta hasta un fondo negro. Como montañas abruptas, se apartan dos enormes paredes de tierra, un abismo. Hay un estruendo mundial que no permite pensamientos, hay un olor a tierra fresca o a muerte.

Solo estábamos jugando, solo estábamos jugando.

Lúcia sigue delante de su madre, sin atreverse a esquivar los golpes que, con la mano abierta, le da en la espalda o en los brazos. Los hijos de la vecina ya se han marchado, despavoridos. Las gallinas se confunden en medio del camino. Lúcia entra en la cocina, pero la madre no la sigue, necesita recomponerse, apoyada en la cancela del establo, con la respiración angustiada. En el interior de la casa, a Lúcia la posee una pena muy grande, una tempestad. Humillada, acepta las lágrimas que le inundan la cara. El pelo despeinado se le pega al rostro, está muy triste. Lloro y babea sin que nadie la juzgue hasta que su mirada se cruza con la de la huérfana. Sin ser capaz de darle forma a la boca, las palabras le salen mal pronunciadas.

¿Qué estás mirando? ¿No lo has visto nunca? ¿No tienes nada que hacer?

Vuelven los sonidos del corral, de la aldea y de los campos, vuelve un despropósito de minucias, esparcidas en una lejanía que Maria no tiene ganas de imaginar. El tiempo vuelve a suspenderse a esta hora, luz parada en medio del atardecer. Después del susto, las ovejas recuperan la confianza, suponen que el mundo no va a cambiar de nuevo su ritmo. Dos crías se acercan a la puerta, creen que Maria está aquí para darles de comer o acariciarlas. Es todo lo que conocen de la vida. Maria no sabe qué hacer con Lúcia: ese nombre en todas las conversaciones, sin descanso, ese nombre en las cabezas y, por la noche, mientras duerme, ese nombre en los sueños y en las pesadillas. No duda de que se trata de una prueba del Señor. Mirando alrededor, siempre ha sabido que la vida nos pone a prueba. Pero, en teoría, parecían mucho más soportables. En otros momentos, defendiéndose, Maria reza todas las oraciones que sabe y, convencida, hace promesas; pero aquí, ahora, le falta el ánimo. Los calores que la sofocan, lanzados al pecho y a la cara, también tienen una parte en esta derrota. El cuerpo parece querer desmoronarse, como si el alma fuese un pegamento que mantiene su unidad y, ahora, debilitada, soltase todo el armazón. Estás vieja, Maria, se repite a sí misma dentro de la cabeza, como si quisiera convencerse. Pero sabe que no hay disculpas: es ahora, con esta edad y estos ahogos, cuando tiene que enfrentarse a este asunto. Las hijas, hermanas de Lúcia, nunca han ido por un camino torcido, ni Manuel, que es chico y podía meterse en problemas de chicos. Cuando eran mozos, Maria tenía más capacidad y más fuerza, pero el hijo y las hijas

mayores pasaron de largo por todos los sinsabores, nunca le dieron quebraderos de cabeza. Con la excepción de la hija muerta.

(No se puede imaginar dónde llegarían las madres sin el escrúpulo a que las someten. Si un loco agrede a un hijo, la madre queda rápidamente a su merced. El mal que le hagan al hijo será como si se lo hiciesen diez veces peor a ella. Después, pasa el tiempo. Cuando crecen, los hijos siguen sus vidas y, contrariados, visitan a sus madres los días de fiesta y en vacaciones. Ya no les hacen falta.)

El olor de las higueras, copas intrincadas de hojas carnosas, llena el aire fresco del corral. Son higos dulces, perfumados de juventud. Maria oye llorar a su hija en la cocina, el sonido le produce mareos. El estómago responde, parece que va a vomitar, hace el ademán, el cuerpo se convulsiona, pero solo le llega un poco de agua a la boca, agria y ácida, picante. Escupe esa hiel en la tierra y, finalmente, se echa a llorar. Tal vez por costumbre, estas lágrimas le traen la injusticia de sentirse sola. No vale la pena preguntarle por su marido, sabe exactamente dónde se esconde y, tras la pena, le guarda un rencor que, poco a poco, va perdiendo la posibilidad del perdón. Se limpia las lágrimas con la manga.

Detrás de una pared y de una puerta abierta, Maria tiene a su hija de diez años llorando. Es una herida abierta. Tiene también una casa sitiada por gente que parece querer matarla con súplicas y desgracias. Ya no bastan las limosnas que dio siempre a los harapientos: las dos manos llenas de patatas nuevas, judías y garbanzos, aceite vertido directamente de la alcuza en botellas sucias, rebanadas de pan con queso de oveja, tazones de aceitunas

machadas o, incluso, lascas de carne en salazón. Ya no es suficiente el alimento de ese tipo. Ahora, hasta los pobres intentan no ir. En vez de ellos, es gente bien arreglada la que ronda la puerta, mendiga salud y misericordia, quiere a la fuerza unas migajas de esperanza ante tanta desesperación. Maria respira profundamente. ¿A quién le angustia la desesperación que solo ella conoce? ¿Quién la puede evaluar? Maria sabe que, en materia de sufrimiento, cada uno se ocupa del que le toca, no hay elección. Entonces, oye que se abre la puerta de la calle. Han llegado sus hijas. Sin necesitar verlas, Maria sabe que Glória y Carolina están soltando los pequeños cestos de la merienda y, con ese gesto, sueltan también una larga fatiga. Lúcia, seguro, está escondiendo su llanto, se lo está tragando. Maria sabe que ya puede entrar, encontrará un tiempo nuevo, ligero. Da el primer paso hacia la puerta de la cocina.

Las voces se retuercen en la oscuridad del cuarto. El aliento de Lúcia sigue un compás diferente que la respiración de sus hermanas: las interrumpe o prolonga. Hace meses que siente un peso en el corazón, permanente, sin descanso. En algún momento, como ahora, ese peso le seca la garganta, le provoca un pánico que le hace palpitar las sienas. Las voces se retuercen dentro de Lúcia, no solo dentro de su cabeza, le parece, sino en el interior mismo de la carne: las voces le corren por las venas. Molesta, aunque le apetece tirar de las sábanas con todas sus fuerzas, se destapa despacio, no quiere despertar a su hermana. El sueño de Carolina parece profundo, pero Lúcia sabe que, a veces, con media vuelta, su hermana se despierta. En la otra cama, Glória también parece descansar. En la oscuridad, los minutos no tienen forma. Lúcia no sabe cuánto tiempo ha pasado desde que dejó de escuchar los susurros de su madre y de su padre. Si hubiese prestado atención a los perros que ladran en la calle, a los sonidos que provienen de donde todavía pasan cosas a esta hora de la noche, tal vez pudiese hacerse una idea más segura del tiempo. Incluso tapándose los oídos, Lúcia no deja de oír las voces. La vida, cada vez más, es como cuando está jugando con la prima y se acuerda de dar vueltas sobre sí misma hasta marearse. En esos giros el mundo se tuerce, es imposible retener cualquier imagen, los colores se mezclan unos con otros. Después, cuando se para, el suelo se desnivela, el cielo se agita como agua en un vaso que alguien zarandease por capricho. La vida es ese vértigo pero, en un instante, sin aviso: la realidad repentina, la claridad

repentina. Entonces se fija en ángulos que no había considerado y que la agobian. Y le cuesta, como ahora, con falta de posición y de aire, inundada y atravesada por voces, pero siempre acaba encontrando una fuga, supervivencia, que la lleva de vuelta a la alucinación, donde no tiene que pensar, como cuando juega a los remolinos con su prima, o como en el carrusel de cuerda que vio en casa del administrador, como si fuese una de esas niñas de lata dando vueltas y vueltas, pero, al contrario que ellas, infeliz.

14 ¹ Para proporcionar un bienestar elemental, le quité peso a las palabras y a las acciones.
² El conocimiento completo enmudece las palabras y dificulta las acciones.
³ El absoluto es un fardo insoportable.
⁴ La irresponsabilidad hace tanta falta como la responsabilidad, cada una tiene su momento,

⁵ los sabios las usan al mismo tiempo, más de una o más de otra, o tanto de una como de otra,
⁶ los sabios pueden distinguir las ocasiones y las medidas,
⁷ y no dudan de que necesitan una y otra.

Lúcia aprovecha la tranquilidad de que todos estén dormidos, fingiendo creer que el mundo está suspendido hasta el momento en que decida retomarlo. Las voces, sin embargo, siguen con su inquietud, siempre, como si estuviesen condenadas, como si condenasen. Son voces de mil rostros que buscan el rostro de Lúcia, que se empujan, luchando por un segundo de su atención, desesperadas, son voces lanzadas al interior de Lúcia y que, ahora, la siguen y viven dentro de ella. Entre esas voces rotas, Lúcia ve la sonrisa de su padre, puede distinguirlo en la noche que llena el cuarto, es un recuerdo de otro tiempo, de otra inocencia, su padre jugando con ella, gigante amable, y su

madre riñéndoles, esa reprimenda también como una forma de jugar, una impertinencia divertida. Ahora, esta carga sobre el corazón. Lúcia se siente equivocada, desencajada de la familia: en el mismo sitio, usando los mismos objetos, pero en un tiempo diferente, ellos en este momento y Lúcia en el pasado o en el futuro, donde no la pueden oír. Carolina ya no se mete con su hermana, mirada vidriosa; Glória siempre le habla con antipatía; Manuel no la ve; su madre es su madre; su padre ha dejado de ser su padre. Este peso sobre el corazón. Lentamente, Lúcia mueve el brazo hacia su hermana, la mano avanzando entre las sábanas, siguiendo el relieve de esa superficie y el ruido lento del colchón. Lúcia necesita el consuelo de tocarla, aunque sea solo así, robado, pero cuando las puntas de sus dedos tocan el codo, Lúcia se da cuenta de que su hermana está fría, rígida y cubierta de hielo. Con cuidado, intentando no despertarla, Lúcia le acaricia el brazo, desde la muñeca hasta el hombro, y una polvareda de hielo se deshace sobre la piel de su hermana, gélida, congelada.

Lúcia se agarra a su madre, va a abrazarla por la cintura, pero la madre la aparta con las dos manos. Ahora aguanta las consecuencias. La puerta tiembla con los porrazos que no dejan de castigarla, la golpean con la mano abierta y con los puños. No va a aguantar, la impresión es que la puerta no va a aguantar. Cuando dan en el postigo, parece que lo van a meter para dentro. Son golpes secos; a veces, de más de una mano. Hay también voces sobrepuestas que piden que abran, voces de mujeres de varias edades, voces de niños que aprovechan la oportunidad para gritar, voces de hombres a los que les gustan los jaleos. Sin respuesta para la mirada de sus hermanas, Lúcia llora en un rincón de la chimenea apagada. Nerviosa, su madre da unos pasos indecisos, sin saber qué hacer. ¿Dónde está el padre de Lúcia? Como de costumbre, ha salido de madrugada al campo, llevándose a su hijo Manuel. Pero este no es un día normal. Ayer, su mujer le pidió que se quedara, pero a él le hizo gracia, se rió. Hay semanas en que Maria echa la tranca todos los días. Entre la gente que pasa horas a su puerta, hay impertinentes que no respetan los límites. Pero hasta esa tabla atravesada parece dispuesta a ceder ante los porrazos con la mano abierta que estremecen la madera vieja. Allá va, Maria se dirige a la puerta, abre el postigo y, con malos modos, habla con las mujeres que se atropellan. Pero ¿qué es esto? Tras un compás de sorpresa, una mujer corpulenta, atrevida, mete el brazo entero por el postigo y tira la tranca al suelo. La madre de Lúcia solo tiene tiempo de echarse hacia atrás.

Entra en casa una marea de mujeres, satisfechas y victoriosas. Maria teme que alguna se caiga y las demás la pisoteen. ¿Qué quieren estas mujeres?

Las primeras que llegan ante Lúcia no saben qué decir. Si querían avisarla de que es jueves, día trece, no tenían que preocuparse, Lúcia es consciente de que es día trece. Hace mucho que no la dejan pensar en otro asunto. Esta multitud no sabe lo que quiere, al entrar se ha quedado sin objetivo. Aun así, ya no se marchan, no tiene por dónde salir. En la calle hay un tropel aún más impaciente, aún más desorientado. Como un reloj de arena atascado, forman un embudo sobre la puerta abierta, llenan todas las estancias de la casa y la calle entera. Maria no puede consentir esta situación, tiene que tomar una decisión. Levanta la voz y, como si estuviese dando una orden, dice que se van al campo ahora mismo. Hay un rumor de aprobación. Y, por un instante, todas las personas se quedan mirándose las unas a las otras. Apretadas, encogidas, con los hombros pegados, no pueden ni moverse.

Miles de pasos se deslizan por la tierra seca.

Sin los dos hombres que la sostienen, Lúcia no podría caminar. Hay cuerpos que se le tiran encima. Cuando levanta la cabeza, ve rostros que pasan delante de ella, dejándole medias frases o medias palabras. Los hombres la protegen, abren los brazos para apartar a esa gente. Lúcia tropieza con piedras o en pequeños canales abiertos en la tierra por las lluvias de hace meses. El cielo es pequeño detrás de toda la gente que se inclina sobre ella. Con falta de aire, sofocada por el mundo, Lúcia va decidida. Sabe que, cerca o lejos, su madre la sigue. No oye su voz, no la ve, pero sabe que su madre la acompaña, lo está presenciando todo. Lúcia presiente su sorpresa. Por el camino, muchas

veces, Lúcia mira a su alrededor, imaginando los ojos con que su madre está viendo esas mismas imágenes.

En el descampado, los hombres se apartan y dejan que Lúcia vaya con sus primos. No llega a saber cuánto tiempo hace que la están esperando. Francisco la mira con una pena silenciosa, Jacinta se emociona al ver a su prima, recupera una esperanza que había perdido. La multitud hace una pausa para presenciar el encuentro. Estos campos nunca han visto a tanta gente.

Preguntas que la gente le hace a Lúcia:

¿La Virgen come patatas con aceite?

¿La Virgen pastorea ovejas?

¿La Virgen tiene dientes?

¿De qué color son los ojos de la Virgen?

¿La Virgen nunca se atraganta?

¿La Virgen ha ido a Lisboa?

¿La Virgen también duerme por la noche?

¿Cuántos años tiene la Virgen?

¿La Virgen va descalza o con zapatos?

¿La Virgen lleva siempre la misma ropa?

¿La Virgen tiene criados?

¿La Virgen es monárquica?

Seguida por sus primos y por las miradas de miles de personas, Lúcia empieza a caminar hacia la encina. Tiene una certeza que le abre el camino.

Sin ayuda, ha aprendido a ser una niña seria. Va con pasos seguros, no quiere equivocarse en nada. Incluso sin mirar hacia atrás, sabe que su madre es un rostro entre la multitud. Entre todos los rostros, aquel rostro único. A su paso, son muchos los que quieren tocarla, los que quieren hablar con ella. Lúcia deja que la toquen, muestra consideración por todos los que le dirigen la palabra pero, ahora, ya no puede pararse. Con respeto, no deja de andar.

Peticiones que le hace la gente a Lúcia:

Pídele a la Virgen que hable más alto.

Pídele a la Virgen que cante una canción.

Pídele a la Virgen que les dé juicio a los jóvenes.

Pídele a la Virgen que lleve a mi padre a Brasil.

Pídele a la Virgen que me haga crecer diez centímetros.

Pídele a la Virgen que me ponga buena de los nervios.

Pídele a la Virgen que venga a cenar a mi casa.

Pídele a la Virgen que me deje vivir hasta Navidad.

Pídele a la Virgen que cure a mi madre, a mi padre, a mi abuela, a mi abuelo, a mi hermano, a mi hijo, pídele a la Virgen que cure a mi hijo, a mi hija, a mi ahijada, a este niño, a esta niña, a este bebé.

Pídele a la Virgen que se aparezca a todo el mundo.

Pídele a la Virgen que la próxima vez traiga a su hijo.

Guardiana de la encina adornada, Maria da Capelinha recibe a Lúcia. No hablan. Sus miradas se tocan y se apartan. Hay una tristeza solemne en las voces de este pueblo, hombres que sostienen su gorra, mujeres angustiadas por intemperies que solo ellas conocen. Cuando se vuelve hacia los miles de

ojos que la miran, Lúcia siente la fuerza de ese impacto. Busca a su madre por unos instantes. No la encuentra, pero sabe que también está aquí, esperando su sentencia. Entonces, sin aguantar más, Lúcia ordena que se rece el rosario. *Dios te salve, María*, un desfase, *Dios te salve, María, llena eres de gracia*, un breve desfase, *llena eres de gracia; bendita tú eres*, entre aquí y allí, *bendita tú eres*; un desfase en la velocidad con que las oraciones se arrastran por tantas voces como las repiten. Las oraciones son como una caminata, lenta, colectiva, todos se dirigen al mismo sitio, son compañeros de un viaje épico. Pero, de repente, sabiendo más que todos, Lúcia interrumpe el rosario. Miles de personas esperando. Una brisa atraviesa los gritos solitarios lanzados a distancia, a un lado, a otro, a otro. Lúcia dice que ha llegado el momento. Se arrodilla. Jacinta y Francisco también se arrodillan. El resto de la gente no se arrodilla porque quiere verlo.

15 ¹ El reflejo del cielo en las aguas del lago puede confundir el cielo y el lago.

² Ningún mal nace de esa mezcla.

³ Si el lago se cree cielo o si el cielo cree que solo existe reflejado en las aguas del lago, todas las reglas de la naturaleza serán mantenidas y toda la vida que depende del lago y del cielo proseguirá inalterada.

⁴ El reflejo también conlleva su verdad.

⁵ Con esa verdad, aquel que refleja es reflejado y, en el mismo instante, también el reflejado refleja.

⁶ Así somos nosotros, madre.

⁷ Por el amor, yo reflejándote y tú reflejándome, yo reflejo de ti y tú reflejo de mí.

⁸ Recibí el amor que me diste y te hice con él.

⁹ Recibiste el amor que te di y me hiciste con él.

(Haberte hecho, haber padecido por ti desde que naciste, no es motivo de castigo. Es extraño que se aplique pena a quien solo ha soñado y, tras un dolor indescriptible, trajo al mundo una vida dependiente de todo, ruda, ingrata y egoísta.)

16 ¹ Si te toca algún castigo, ningún

³ Madre, manantial limpio, promesa de futuro infinito, si algún castigo te ofende, que se suspenda mi obra.

apocalipsis será suficiente para cubrir la infamia de esa injusticia. 4 Entonces, pon raíz a la última rama, todo será puesto en causa.

² Porque eres tú quien da la luz, tú eres la luz.

(Qué cómodo sería si solo fueras responsable de la distancia que alcanzan tus brazos. En la realidad de estar aquí, incorpóreos e incompletos, estas palabras que escribes provocan conjeturas, forman opiniones y dan origen a gestos. Son siempre así las palabras, son esos los espacios que ocupan. La superficie donde las dejamos está inclinada, acaban siempre deslizándose. Por eso, si quieres evaluar el efecto de lo que has dicho, olvida la intención que estaba en su origen. Tu voluntad está tan lejos del último lugar al que han llegado tus palabras que, en ese camino, ha perdido toda su importancia.)

17 Te pido perdón, madre, luz más ³ Y, aunque ningún sacrificio reconforte al hijo que hizo daño a su madre, daré ¹incandescente que el sol.

² Si he sido indigno de lo que anticipaste para mí, si te he faltado en lo que solo yo podía permitir, esperaré cuarenta años en el lugar más estéril de la creación, prescindiré de estaciones y de todo tipo de alimento.

³ Y, aunque ningún sacrificio reconforte al hijo que hizo daño a su madre, daré más fuerza al sol, nitidez que nunca supera la claridad que emanas.

⁴ Ese será mi designio para hacerte aún más incandescente.

(No tienes que pedir disculpas. Te perdoné ya antes de que la luz se separase de las tinieblas, antes incluso de que las tinieblas cubriesen el abismo. Aún no habías escrito una única palabra y yo ya te había perdonado. Te perdoné antes del verbo.)

Lúcia se levanta con dificultad. Al volverse hacia la multitud, su rostro pierde la edad. Le falta ánimo hasta para dar un paso. Maria da Capelinha la agarra. ¿Le has hablado de la capilla? Jacinta y Francisco se encogen detrás de su prima. ¿Le has hablado de la capilla? El rosario cuelga en la mano tendida de Lúcia, se balancea lentamente. Maria da Capelinha espera su respuesta, aliento tibio de sopa y dientes inservibles, como ella misma suele decir. Sería, preparada para presenciar la reacción, Lúcia confirma con la cabeza. ¿Puedo empezar con la capilla? Hay algo que distorsiona el tiempo y, con él, las palabras. ¿Puedo empezar con la capilla? Lúcia vuelve a confirmar con la cabeza.

Jacinta y Francisco no pueden librarse de las manos que les impiden caminar. Lúcia busca a su madre en la distancia del descampado, en los campos multiplicados por gente, tanta gente. A poca distancia, hay mujeres deshechas en llanto por no haber visto nada, se dicen perdidas, dicen que la Virgen no las quiere. Hay otras, no pocas, que se sublevan. Una de ellas se agarra a Jacinta, le aprieta los hombros y la sacude, la llama mentirosa. Hay quien ayuda a la niña, pero Jacinta ya está llorando. Pobrecilla, hasta Lúcia tiene pena de ella. En ese momento reúne toda su capacidad y, tras levantar el mentón para buscar a su madre, sin encontrarla, Lúcia alza la voz. Los que están más cerca piden silencio a los que están detrás. El silencio se va

imponiendo como una ola. Por fin, sobre la brisa de aquella hora, la voz de Lúcia se hace aguda, es la voz de una niña de diez años. Dice que allí mismo, en aquel descampado, el día trece de octubre, volverá la Virgen y, entonces, dará una señal para que no haya dudas. ¿Un milagro? Maria da Capelinha hace la pregunta en voz baja, pero Lúcia responde en voz alta, para que todo el mundo la oiga: sí, un milagro.

Pero ¿a ella nunca se le ha escapado? A veces, los casos se desentrañan con detalles, por muy pequeños que sean. Incluso cuando se trata de hechos que hayan ganado proporciones importantes.

Ni a su padre ni a mí nos gusta sacar este tema con ella. Ya es suficiente la falta de sentido que ha tomado todo. No nos dejan la puerta en paz, montan jaleos y se quedan el tiempo que les parece. He rezado mucho, señor prior; le pido por todos los medios a Dios que ponga juicio en la cabeza de la muchacha y le quite esa idea. Pero el Señor todavía no me ha querido conceder esa gracia.

Deje al Señor fuera en este asunto, esta alevosía no pertenece al cuidado divino. Si quiere ver resolución, será mejor que hable con su hija.

Yo ya la he amenazado con todo, señor prior. Y no han sido pocas las bofetadas bien dadas que se ha llevado. Pero no hay manera de acabar con este sainete. Le aseguro, señor prior que, si no hubiese llevado ese peso en la barriga, si no la hubiese visto salir, diría que esta niña no es nada mío.

El cura se encoge de hombros, no tiene respuesta para Maria. Nadie mira a Lúcia. En un rincón de la sacristía, a poca distancia, sentada en una silla de listones de madera, escucha la conversación de su madre y el cura en las pausas de su propia conversación.

¿No te cansas de ser siempre un pañuelo?

¿Cómo me voy a cansar, niña? Me falta de todo para dejar de ser yo mismo. Aunque me embarcase en esa ilusión, nunca podría imaginarme

siendo otra cosa, no podría. Aunque me convenciese de que había alternativa, de que podría ser otro, lo que imaginase no llegaría a ser diferente de mi especie porque, en el fondo, sería concebido según mis patrones, ideas y prejuicios.

Piensas demasiado, pañuelo, te complicas. Solo te quería decir que estoy cansada de ser yo. Ahora me parece que me gustaría ser otra cosa, tal vez un pañuelo, como tú, guardado en mi bolsillo, doblado y tibio.

Te sorprendería todo lo que te queda por saber sobre la vida de los pañuelos. Y, si estás cansada de ser tú, este es un momento tan bueno como cualquier otro para abandonar esa imprudencia. Cánsate de lo que sea, pero nunca te canses de ti misma porque, en toda la lejanía del mundo, solo tú puedes ser esa persona que eres y, si faltas, no habrá quien te pueda sustituir.

OCTUBRE

(En tu cabeza soy una nube, demasiado lejana para ser concreta. Floto por encima de lo que sucede, no formo parte del enredo, nada se altera por mi culpa. En tu cabeza, soy intrínseca e inherente. Sin embargo, falta todo lo que desconoces. Una nube no puede estar hecha de plomo. Cuando naciste, también nació yo. Tu mirada me trajo la oportunidad de abandonar el peso de los errores, recuerdos inútiles. Descubrí tarde que, al final, sin esos errores, yo sería otra persona. En un tiempo en que no existías, durante largos sábados de invierno, tu abuela solía sentarse conmigo al fuego. Tus tías ya habían escuchado aquellas historias muchas veces e, incluso así, seguían sonriendo al oírlas de nuevo. Estaban ocupadas con la casa, ordenaban la loza o le pasaban un paño a la mesa. Solo yo, pequeña e importante, tenía derecho a quedarme allí, sentada a su lado, concentrada. Tu abuela creía que esas palabras eran literales, no podía distinguir las de la intención con que las decía. Ay de mí, si me hubiese atrevido a contradecirla. Pero, sabes, esa es la cuestión: lo que sucede se queda en el momento en que sucede, las palabras no pueden cargar con el tiempo, hace mucho que dejan de pasar entre las letras, se escurre mucha verdad por los agujeritos de las oes. El pasado no acepta maestros ni propietarios. Hay un abismo entre los recuerdos que guardamos de los mismos momentos. Hay un océano invisible entre tu rostro y el mío. Cuando diste los primeros pasos me emocioné mucho, el aire se volvió sólido de repente, no me pasaba por la garganta. Más tarde, a lo largo de los años, hubo siempre instantes en que me quedé mirándote, admirada,

aliviada y orgullosa de que tuvieses brazos que funcionan, piernas que caminan. Había muchas posibilidades que podían habernos tocado. Pero tú nunca lo advertiste, siempre diste todo por hecho. Si alguna vez te hubiera hablado de ello, te habría hecho gracia, como cuando te pregunto si te has cambiado de ropa interior antes de salir. Un día, si te atropellan, cuando estés pasando vergüenza, te acordarás de mí. Ese día dejará de tener gracia. Nunca me has visto reírme de tus defectos y bien sabes que son muchos. Ni siquiera me río de cuando parece creer que soy un cuerpo gaseoso suspendido en la atmósfera, desprovisto de comprensión y humanidad. Es cierto que, como las nubes, todos distinguen imágenes diferentes cuando me miran en serio, cuando gastan un minuto en analizarme. Pero también por eso no soy esas palabras, estas palabras, por más que las elijas una a una en el vocabulario que conoces, una parte ínfima del vocabulario que existe. Además, falta mucha puntuación para los tonos que moldean mi voz y que, en el intervalo de las palabras, hablan de sutilezas que nunca sabrás describir. E, incluso así, sé que no vale la pena pedir que lo dejes: me buscarás en todo. Tus esfuerzos, sin embargo, están destinados a la imprecisión. No soy ni siquiera la imagen que ves cuando me aparezco. Tus ojos solo ven lo que pueden ver. Siempre así. Es tu obligación desconfiar de lo que ves, cuestionarlo hasta el último resto de sombra. Ahora podría despedirme, fingir que me marchó. Prescindo de esta farsa: cuando no me encuentres en tu cabeza, será porque tú mismo no estás allí. Soy tu madre, soy el universo. Créeme: nunca me podrás mantener entre paréntesis.)

La primera luz acaba de abrir el día. Los objetos de la casa, las paredes, las maderas, la tierra, las piedras y las hojas de los árboles del corral sueltan un olor fresco. La memoria de la noche se diluye en un gris translúcido, también fresco, que se posa sobre todos los colores y los entristece. Carolina y Glória se mueven debajo del candil, la madre les ha dejado encenderlo. En el silencio de pequeños sonidos, intentan existir al mínimo. Manuel ha desaparecido en el establo. Los animales siempre consiguen ocuparle las manos y la cabeza. António Abóbora, padre desconsolado, no tiene nada que hacer, pasmado en una idea, mal aliento. Lúcia mira a su madre. Están juntas, el cielo de una sobrepuesto sobre el cielo de otra, como si no hubiese más mundo, como si el rostro de la una iluminase el rostro de la otra. Maria le pide a su hija que se desdiga. Con voz de terciopelo, se lo pide por favor. Lúcia no responde, presencia ese momento por primera vez. La madre enumera razones, habla de un pasado que Lúcia desconoce y de un futuro que Lúcia nunca ha imaginado. Hipnotizada por el hilo de esa voz, cada sílaba de su madre es un sobresalto y, al mismo tiempo, forma parte de un camino de la naturaleza, como un manantial. Lúcia empieza a acostumbrarse a esta madre que vuelve a pedírselo por favor, que le coge los dedos. Lúcia no sabe decir cuánto dura el instante en que se quedan cogidas de la mano. Ya sin palabras, la madre se lo implora solo con la mirada. Entonces, sin recibir respuesta, la madre se echa a llorar, como desesperada, y se levanta de golpe. Las hermanas se detienen en medio de un gesto, el padre se despierta ante aquella

urgencia. Con menos delicadeza, Maria ordena que la acompañen afuera, necesitan rezar, hacer las paces con Dios, pedirle perdón a la Virgen, todos van a morir hoy.

La lluvia no ha dado descanso durante toda la noche, cae ahora con la misma insistencia. Las voces en la calle empiezan a juntarse. Lúcia al lado de su madre, Carolina, Glória, Manuel y el padre un poco más atrás, rezan delante del crucifijo. Intentan que la concentración no huya de aquellas palabras entonadas, pero hay muchas ideas intermitentes que los inquietan, brillando donde menos se las espera. Si el milagro anunciado no se produce, van a matarlos. A veces, Maria se convence de las palabras que media docena de personas, el cura entre ellas, se han atrevido a contarle. Sin nombres ni horas concretas, no se sabe quién, no se sabe cuándo, se habla de una bomba que arrasará todo: casas y personas. En todos los años de su vida, Maria ha visto suficiente como para imaginarse la destrucción de aquella casa que cobija todo lo que ha construido. Del mismo modo, tiene la capacidad de imaginarse cuerpos mutilados, pero le parece que, después de perder aquellas paredes, no habrá auxilio para brazos o piel. El recuerdo de esa amenaza hace que Maria contraiga el rostro, pronuncie las oraciones con más ímpetu. Pero, en otros momentos, también en un impulso, le llega una serenidad completa, ligera: si hay una bomba lista para explotar, nadie podrá impedirlo.

Por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.

Ha dejado de usar la tranca y de molestarse. Cuando la gente empieza a entrar, Maria sigue ocupada con la cazuela que está al fuego. Por la puerta abierta, se ve la lluvia que baja por la calle. Entran los que quieren un

descanso seco, quieren mirar alrededor. Entre las sombras, llega una mujer de otra aldea. Nadie allí la conoce. Trae un vestido para Lúcia. Le pide permiso a Maria, que no la oye, y va con la niña a un cuarto, donde ya hay mucha gente. Encima de la cama le cambia el vestido, no consigue abrochárselo atrás, le aprieta en el cuello. Queda desabrochado, no pasa nada. Entonces, saca la corona de flores que trae en la cesta, Lúcia se sorprende, y se la pone con mucho cuidado en la cabeza. La niña se queda extasiada. La mujer sonrío y, abriéndose camino entre las personas que llenan todas las habitaciones, sale. Va a casa de Jacinta, también tiene un vestido y una corona de flores para ella.

Las varillas de los paraguas escurren hilos de agua.

Maria cierra la puerta. Su marido lleva una chaqueta que no suele ponerse, la mejor que tiene, y lleva la expresión taciturna de la sobriedad. La hija mayor se junta a sus hermanas. Carolina y Glória van del brazo, protegiéndose la una a la otra. Hay manos sosteniendo grandes paraguas de pastor, la familia queda cubierta en cuanto sale a la calle. Para Lúcia, hay varios paraguas empujándose sobre su cabeza. Envuelta por la multitud, sin elección, va en medio de aquel grupo. El camino es todo de barro y charcos. En un instante señalado, las gotas de agua se duplican y también la velocidad con que caen a la tierra. El ruido de las gotas sobre la tela de los paraguas y sobre la tierra casi borra el clamor de las voces, mezcla desordenada de angustias. De repente, el cerco de gente se abre para que entren Jacinta y Francisco. En la sombra, los tres niños se miran, rodeados de cuerpos, cubiertos por paraguas.

Carros de bueyes, carromatos, burros, mulas, coches que pitan, bicicletas que sortean con habilidad a las personas que llenan los caminos. Los campos están llenos de niños llorando, de gente con provisiones. La lluvia los moja a todos por igual. Sin piernas para andar, tendidos en catres, los enfermos están cubiertos con sábanas empapadas, vestidos con camisetas de algodón o camisones. Debilitados y asustados, levantan los brazos aguantando el peso de las mangas. Lúcia y sus primos no oyen sus gritos silenciosos, bocas abiertas para nada, labios finos de desesperación. Lúcia y sus primos pasan entre una multitud que se hunde en el barro. Casi todos les muestran deferencia, se arrodillan a su paso, bajan la cabeza, concentrados en los dolores que los han llevado allí. Pero hay otros, con suficiente fuerza y número, que quieren tocarlos y, después, quieren agarrarlos. En un momento, rompen el cerco y empujan a Lúcia, Jacinta y Francisco por varios lados. La lluvia cae sobre aquel desorden. Puños cerrados ciñen los brazos de los niños, los levantan del suelo. Lúcia no es capaz de llorar. El agua y las manos le hacen el mismo daño. Hay quien le tira del pelo, hay quien solo quiere apretarla fuerte. El padre y el hermano de Lúcia, ayudados por varios hombres, consiguen obligarlos a soltar a los niños. Con la ropa hecha un desastre, en medio de un charco de barro, los niños se recomponen. Lúcia consuela a Jacinta, la abraza. Son primas, criadas juntas. Después del abrazo, en una amalgama de exageraciones, Lúcia y sus primos son conducidos a la encina.

No tiene más de un palmo. Quedan tres o cuatro dedos de un tronco, un leño cubierto de flores, ramos de plantas silvestres y cintas de seda.

¿A qué hora va a llegar la Virgen?

Al mediodía, señor prior.

Lúcia responde con la voz apagada. El cura mira su reloj e intenta hablar a la multitud. Ya pasa del mediodía, volvamos a casa. La lluvia no los deja oír, la descompostura le quita credibilidad, hay demasiada gente gritando al mismo tiempo.

Durante más de una hora, Lúcia y sus primos se quedan arrodillados bajo unos paraguas, bajo la lluvia inclemente. Entonces, de repente, deja de llover.

Lúcia se levanta despacio. Con ella, siguiendo el relieve del descampado, todo este pueblo despierta al mismo tiempo. Están los que se miran unos a otros, intentando descubrir si ya se ha terminado o si todavía no ha empezado, curiosos por saber si alguien ha visto algo; y están los que se frotan los ojos, deslumbrados aún por haber mirado al sol directamente. En ese momento, Jacinta y Francisco se dan cuenta por primera vez de la cantidad de gente que llena aquellos campos, y se esconden detrás de su prima. Cansado de lluvia, el cielo presenta una extraña calma. Lúcia se consuela mirando al cielo hasta que Maria da Capelinha la devuelve a esta tierra, barro lleno de gente. En la superficie de la multitud se distinguen puntos polémicos, son como hogueras: gente que insiste en versiones diferentes. Maria da Capelinha levanta la voz para preguntar qué ha dicho la Virgen. Con pocas ganas, Lúcia responde en voz baja, habla de la capilla. ¿Una capilla? No podemos llevarle la contraria a la Virgen, madre de Dios, espíritu inmaculado, cuerpo virginal, incandescente de virtud, como el sol, más brillante que el sol. Y, desde todos lados, gritan a Lúcia, unos angustiados, otros mortificados. Entre ellos, algunos preguntan por la guerra, voces de madres como Maria. Lúcia habla con claridad. Los que están cerca pueden oírla bien y reproducen esas palabras exactas en la distancia. La guerra va a terminar y los militares volverán pronto a sus casas. Silencio por un momento. La esperanza trae aún más serenidad al cielo. Todos los paraguas están cerrados. Pero Maria da Capelinha quiere más. Aunque habla

con los labios casi pegados al oído de la niña, Lúcia solo la oye a la segunda. Con dificultades, responde. Que no ofendan más a nuestro Señor. ¿Solo eso? Lúcia está fatigada. Sí, solo eso. Finalmente, la madre de Lúcia consigue abrirse camino hasta su hija. Al verse, tienen el mismo rostro: una ha salido de dentro de la otra.

Con una mano apoyada en el hombro de su hija, avanzan juntas por la multitud, respetando a todo el mundo. Los sobrinos vienen detrás, como dos sombras tímidas. Madre e hija no quieren hablar con nadie, no quieren responder a las preguntas y las peticiones que todos les hacen. En el mundo entero, por todos los rincones de la tierra, hay muchas maneras, muchas formas e, incluso así, no hay quien esté exento de dolor. Buscando, todos encuentran al menos un motivo de queja. Ya está bien, Maria quiere proteger a su hija y, sobre todo, Lúcia quiere ser protegida por su madre. Pero la voluntad no es suficiente para impedir lo que ya viene de camino, que ha ido ganando fuerza durante tiempo y tiempo. Decenas de manos gruesas, acostumbradas al trabajo de que nada sea fácil, agarran a Jacinta y a Francisco. Volviéndose, Lúcia aún puede ver el rostro de Jacinta, fruncido de tristeza inocente. Pero, enseguida, más manos la agarran, hombres y mujeres que necesitan llevársela, no saben adónde. Maria intenta coger a su hija, pero la retienen por los hombros, las manos la rodean por todos lados. Entre Lúcia y su madre, el pánico y los gritos. Pero la fuerza de la multitud es salvaje e imposible, consigue romper esa unidad. Arrastradas por mareas opuestas, Lúcia y su madre se alejan, cada vez más, separadas para siempre.

18 ¹ La vasija se mide por su capacidad, así también el entendimiento.

² Que se desengañe aquel que juzga por el cuerpo, mayor es la consideración que merece la esperanza.

³ Se resuelven más pruebas con la ciencia y el arte que con la fuerza de piernas y brazos;

⁴ aún así, si el tiempo de estudio es devuelto diez veces, la esperanza asegura una recompensa diaria de eternidad,

⁵ siempre que se crea en ello.

⁶ ¿Qué será del que come y piensa si no tiene esperanza?

⁷ Vivir es creer que se vive.

⁸ Los que viven creen en países donde nunca han estado, en enfermedades que nunca han padecido y, tarde o temprano, creerán en la muerte.

⁹ Hay tantas muertes como miradas y conciencias.

¹⁰ cada uno morirá de la muerte en que cree.

¹¹ El amor sirve para el mismo ejemplo: cada uno solo será capaz de dar y recibir el amor en que cree.

¹² Por eso, madre, eres concreta, aunque cada uno te multiplique.

¹³ Para cada oración tendrás un rostro propio, esa será la medida justa.

¹⁴ He creado todo lo que existe y tú, madre, eres lo que está alrededor de todo, en el lado de fuera de todo, más grande que todo.

¹⁵ Como el horizonte, eres tú, madre, quien nivela lo que somos capaces de ver, eres tú quien asegura el equilibrio.

¹⁶ Entre el infinito del cielo y el infinito de la tierra, existe tu infinito, igualmente desmedido e ilimitado.

¹⁷ Madre, el tiempo no puede contenerte.

¹⁸ Madre, muerte y amor.

¹⁹ Madre, esperanza.

NOTA DEL AUTOR

Este es un texto de ficción. Sin embargo, los datos que lo componen tienen como base la información contenida en los libros *Memorias I a VI* de la hermana Lúcia de Jesus, así como las transcripciones de las entrevistas y otras referencias del libro *Era una señora más brillante que el sol*, del padre João de Marchi. El texto en mayúsculas del capítulo JUNIO pertenece a la portadilla de la primera edición de *Misión abreviada*, del padre Manuel José Gonçalves Couto (1859). La cita del capítulo AGOSTO forma parte de un artículo publicado en el periódico *O Século* del 23 de julio de 1917.

El autor revelación de las letras portuguesas firma una reflexión sobre la maternidad, una obra feminista de gran riqueza literaria y profunda carga emocional.



Delante de una casa de paredes mal pintadas Lúcia se entretiene compartiendo sus historias con la noche y las piedras. Allí vive con sus padres y hermanos y cada día pastorea las ovejas junto a sus primos. La rutina apacible de su hogar se rompe el día en que la pequeña confiesa haber visto a la Virgen sobre una encina. «No pienses que esta es una casa de mentiras», amenaza su madre. Pero la supuesta blasfemia traspasa las paredes de la vieja vivienda para colmar las esperanzas de centenares de peregrinos que, atraídos por la noticia, irrumpen en sus tierras, destrozando los campos.

José Luís Peixoto alterna el relato histórico del milagro de Fátima con otras voces como la de la madre del autor que, instalada en su conciencia, irrumpe en su proceso creativo y se convierte en parte de él. E intercala una suerte de palabra de Dios que nos permite vislumbrar los orígenes de la creación. A través de una atmósfera de ensueño, *En tu vientre* otorga una nueva dimensión, sutil y profunda, a los célebres episodios de uno de los misterios que marcaron la memoria emocional lusa del siglo xx, y reflexiona sobre el origen y la fe que depositamos en lo intangible, una entrega similar a la que la madre establece con el hijo o el escritor con la palabra.

«Bellísima, una de las mejores novelas de Peixoto. Lo acabamos de leer y queríamos que no terminara.»

Jornal de Letras

«Con su maestría y serenidad habituales, Peixoto nos acompaña en un viaje al corazón de la bondad y la inocencia.»

Rua de Baixo

«A través de una narrativa que cruza el rigor histórico con la riqueza de los personajes, [...] la historia constata la importancia única que ocupan las madres en la vida de los hijos. *En tu vientre* permanecerá en la memoria de los lectores durante mucho tiempo.»

Segredo dos Livros

José Luís Peixoto (Galveias, Portugal, 1974) es uno de los autores más destacados de la literatura portuguesa contemporánea. Su obra ficcional y poética figura en decenas de antologías, ha sido traducida a más de veinte idiomas y es estudiada en diversas universidades tanto nacionales como extranjeras. En 2001, respaldado por la crítica y el público, fue galardonado con el Premio José Saramago por su novela *Nadie nos mira*. En 2007, *Cementerio de pianos* recibió el Premio Cálamo Otra Mirada, como mejor novela extranjera publicada en España y ha sido la que le ha dado mayor proyección internacional ya que se ha publicado en más de quince países. Su anterior novela, *Libro*, ganó el Premio Libro de Europa, otorgado en Italia a la mejor novela europea. Sus obras han sido finalistas a varios premios internacionales como Femina (Francia), Impac Dublin (Irlanda) o el Portugal Telecom (Brasil). En poesía, su libro *Gaveta de Papéis* recibió el Premio Daniel Faria y *A Criança em Ruínas*, el Premio da Sociedade Portuguesa de Autores. En 2016, ha publicado *Dentro del Secreto*, un viaje por Corea del Norte, su primera incursión en la literatura de viajes. Además, Peixoto colabora en diversas publicaciones nacionales y extranjeras.

Si quieres saber más, visita su web: www.joseluispeixoto.net

Título original: *Em teu ventre*

Obra publicada con el apoyo de la Direção-Geral do Livro, dos Arquivos e das Bibliotecas



Edición en formato digital: mayo de 2017

© 2015, José Luís Peixoto

Publicado por acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e. K. Frankfurt am Main

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2017, Antonio Sáez Delgado, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Alper Yesiltas

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3309-6

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

En tu vientre

Mayo

Junio

Julio

Agosto

Septiembre

Octubre

Nota del autor

Sobre este libro

Sobre José Luís Peixoto

Créditos